

El campo y la ciudad, áreas de reencuentro. Hacia una Nueva Cultura del Territorio*

*The field and the city, areas of reunion.
Towards a new culture of the territory*

Carlos Verdaguer Viana-Cárdenas**

Fecha de recepción: 22-II-2013

Hábitat y sociedad (ISSN 2173-125X), n.º 6, noviembre de 2013, pp. 11-40.

“El campo y la ciudad no han permanecido nunca separados como el agua y el aceite. Permanecen al mismo tiempo distanciados pero mutuamente atraídos, divididos pero combinados.”

Fernand Braudel. *Civilisation Matérielle, Economie et Capitalisme, XV^e-XVIII^e*, 1979.

“En los pueblos atrasados, la agricultura languidece; y, con el descenso de la vida rural, las artes y las habilidades asociadas a ella, sus alegrías y espíritu, su misma salud, decaen también.”

Patrick Geddes. *Ciudades en evolución*, 1915.

“Las ciudades, como las personas, son lo que comen.”

Carolyn Steel. *Hungry City. How food shapes our cities*, 2009.

Summary

Both in the remote origin of the city and the more recent one of urbanism as a remedial discipline conceived as a means of tackling with the urban and territorial impacts of industrialisation, the relatively balanced relation between town and country was a constant which endured until the progressive fragmentation and separation among the different areas of knowledge and action contributed to create a gap between them both, with disastrous consequences in environmental, social and economical terms. The tasks at hands from the perspective of integral sustainability is to promote a reunion throughout a new culture of territory.

Key words

Sustainability, urbanism, territory, landscape, metabolism, eco-neighbourhood, ecocity, agroecology

Resumen

Tanto en los orígenes remotos de la ciudad como en los recientes del urbanismo como disciplina surgida para mitigar el impacto urbano y territorial del industrialismo, la relación relativamente equilibrada entre campo y ciudad fue una constante que se mantuvo hasta que la progresiva fragmentación entre áreas de conocimiento y de intervención contribuyó a un paulatino desencuentro entre ambos, de desastrosas consecuencias en términos sociales, ambientales y económicos. La tarea que se presenta desde la óptica de la sostenibilidad integral es propiciar el reencuentro a través de una nueva cultura del territorio

Palabras clave

Sostenibilidad, urbanismo, territorio, paisaje, metabolismo, ecobarrio, ecociudad, agroecología

* Publicamos como artículo invitado el texto de la ponencia marco del Seminario Experiencias Agrícolas en Áreas Periurbanas y Urbanas. Organizado por la Fundación Cristina Enea, en Donostia-San Sebastián, el 1 de marzo 2012. Disponible en <<http://www.cristinaenea.org/pagina.php?queidioma=1&pg=128>>.

** Arquitecto urbanista. Profesor asociado de urbanismo en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, en el Departamento de Urbanismo y Ordenación del Territorio. Miembro de GEA-21. cverdaguer@gea21.com

1. Una relación ancestral

Gran parte de lo mucho que se ha escrito sobre las relaciones entre el campo y la ciudad ha hecho hincapié en los aspectos dicotómicos y conflictivos de dicha relación, apoyándose en gran medida en los imaginarios míticos de cada uno de los extremos de dicha dicotomía. Así, el campo, en su doble acepción de entorno natural y rural (“salir al campo” *vs.* “trabajar en el campo”) se erige indistintamente en la idílica Arcadia pastoral o en el epítome del inmovilismo y el atraso técnico, según el sesgo de quien lo describe. La ciudad, por su parte, aparece como el templo degenerado de Moloch, el sumidero de todos los vicios, o como el escenario luminoso y estimulante de toda libertad y progreso humanos. Y formulada así, la dicotomía parecería resolverse sólo con el triunfo definitivo de uno de los términos.

Naturalmente, como ocurre con todos los pares dicotómicos, por una parte son más el producto de una formulación sintética que el reflejo fidedigno de una realidad compleja y, por otra parte, lo que hay de más real en ellos es precisamente su indisociabilidad: sin ninguna duda, el campo y la ciudad son tan inseparables como lo son el *yin* y el *yang* de la filosofía oriental.

En efecto, si escapamos de las dicotomías para pensar en términos de la relación de la especie humana con el territorio, constatamos que

dicha relación ha estado regida fundamentalmente por dos elementos clave: los recursos y la movilidad, entendida esta última como capacidad de acceso a dicho recursos. Y todo ello dentro de un marco en el que el espacio ha sido y es tan importante como el tiempo, reunidos ambos por la idea de velocidad: velocidad de acceso a los recursos, velocidad de obtención, explotación y agotamiento de los mismos... De la conjunción de estos elementos surge la tensión histórica entre el nomadismo, asociado a la caza-recolección; y el sedentarismo, asociado a la revolución neolítica de la que surgió la agricultura, la primera forma de artificialización extensiva de la naturaleza.

Es de señalar que, desde esta perspectiva, el hábitat siempre

ha jugado un papel en gran medida subsidiario: las formas de hábitat han dependido siempre de las formas de acceder a los recursos, nunca al contrario. La ciudad, artefacto humano por antonomasia, sólo aparece como desarrollo lógico de la aldea sedentaria primitiva, al igual que aquella con respecto al campamento nómada, cuando la capacidad de producir e intercambiar excedentes lo permite, es decir, cuando existe la posibilidad de crear suficiente “campo”, naturaleza ar-



Figura 1: Las rutas de abastecimiento alimentario de la antigua Roma. Fuente: Steel, 2009.

tificializada, en los alrededores para mantenerla en su sitio en el transcurso del tiempo como artefacto estable. Por extensión, la aparición de las primeras metrópolis está estrechamente ligada al acceso a recursos complementarios generados en “campos” situados mucho más allá de sus *hinterlands*. El ejemplo de la antigua Roma imperial, cuyo gigantesco estómago se alimentaba con los cereales, el vino y el pescado, la miel, las especias, el aceite y la carne llegados desde todos los confines del imperio (Steel, 2009; **figura 1**); sirve además para recordar que esa extensión metropolitana del radio de influencia ha estado ligada siempre a la fuerza y el poder.

2. El campo y la ciudad en los orígenes del urbanismo

Recursos, movilidad, hábitat y poder aparecen, pues, como los ejes fundamentales que explican la relación ancestral entre campo y ciudad y como tales están presentes de un modo u otro en todas las reflexiones e intervenciones que pueden englobarse bajo el epígrafe de “lo urbano”. Y así, desde el código de Hammurabi hasta los diez libros de Arquitectura de Vitruvio y desde los manuales renacentistas hasta las Leyes de Indias, las propuestas y reflexiones sobre cómo se alimenta la ciudad, cómo se accede al agua y a los materiales con que construirla, han estado estre-



chamente ligados con las referidas a la forma de gestionarla, defenderla y gobernarla. Especialmente expresivos de la conciencia culta de esta profunda imbricación entre todos estos elementos son los famosos frescos de Ambrogio Lorenzetti en el Palacio Público de Siena, *Efectos del buen y del mal gobierno en el campo y la ciudad*, de 1339 (**figura 2**), en los que el abandono de los campos aparece acertadamente como consecuencia del mal gobierno y como causa de la inexorable ruina de la ciudad.

Y la evidencia de esta relación se mantuvo incluso cuando el industrialismo, con la recién descubierta capacidad de explotar al máximo los recursos minerales del planeta para alcanzar velocidades hasta entonces inimaginadas en los desplazamientos y en los procesos, otorgó el predominio a la lógica de la producción de masas, intrínsecamente urbana, y la aplicó al propio proceso de extensión de la ciudad. Fue la revolución industrial la que alentó la aparición de una nueva disciplina, fundamentalmente paliativa, llamada urbanismo, ante la constatación de que la irrupción de la velocidad imposibilitaba el proceso lento y equilibrado que había caracterizado hasta entonces la construcción de las ciudades, generando impactos tan destructivos para los entornos urbanos como para los rurales y destruyendo, en suma, el entramado social preexistente.

Figura 2: Ambrogio Lorenzetti. *Efectos del buen y del mal gobierno en el campo y la ciudad* (1339), fresco en el Palacio Público de Siena. Fuente: <<http://museoseducacionyturismo.blogspot.com.es/2013/08/la-indumentaria-representada-como.html>>.

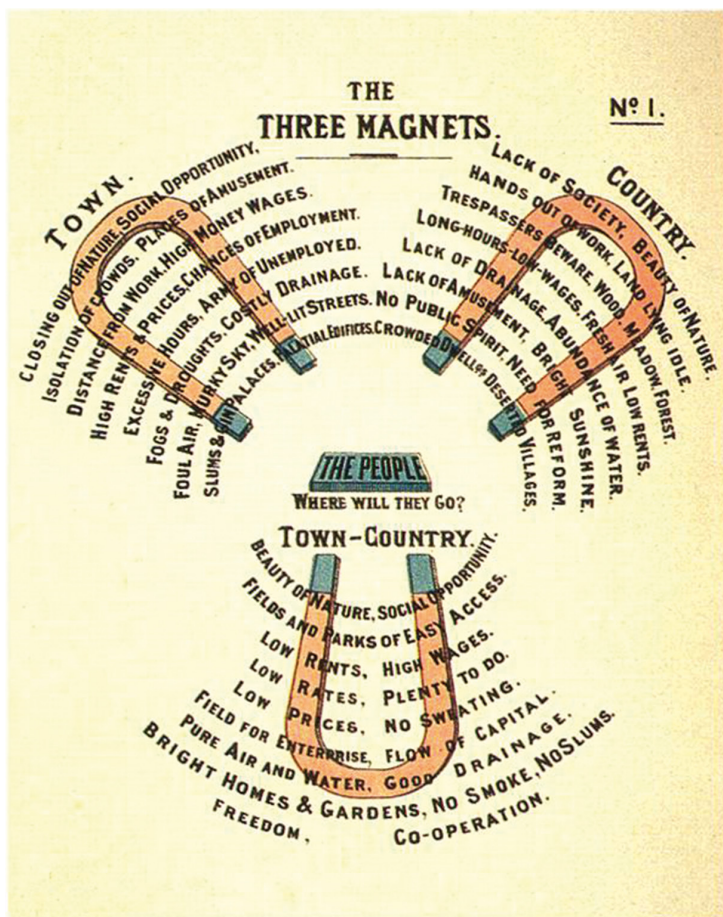


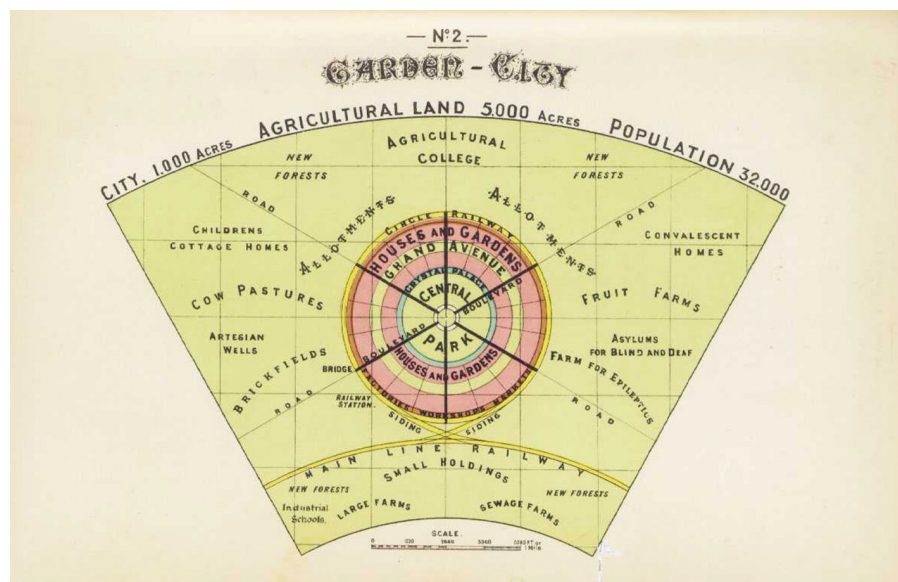
Figura 3: La propuesta de Ebenezer Howard propone aunar las ventajas inherentes a la vida en el campo y en la ciudad. Fuente: Eaton, 2002.

Contempladas desde la perspectiva de la posterior fragmentación y especialización del conocimiento en las innumerables disciplinas de la sociedad y el territorio y comprobados sus nefastos efectos, resulta esclarecedor ver ahora cómo las propuestas originarias del urbanismo se planteaban espontáneamente de forma conjunta, verdaderamente holística, los problemas del campo, la ciudad y la movilidad, aunando como objetivos el progreso y la armonía social: desde las propuestas de los socialistas utópicos, Fourier, Cabet, Reclus o Kropotkin, hasta las más puramente urbanísticas de Howard, Soria, Cerdá y Geddes, el urbanismo de primera hornada tenía en el centro de su reflexión la idea de que la nueva ciudad debía integrar equilibradamente campos, fábricas, talleres... y el ferrocarril.

De forma explícita, la Garden City (1898) de Ebenezer Howard (1850-1928) se publicitaba, a través del famoso diagrama de los Tres Imanes (figura 3) como la alternativa de futuro (Howard, 1898, 1965) destinada a superar la ancestral contradicción entre campo y ciudad, proponiendo un desarrollo policéntrico del territorio en el que uno de los factores limitantes para la expansión de cada uno de los polos de la red era precisamente la superficie agrícola disponible para asegurar el abastecimiento del mismo, lo que en términos

actuales calificaríamos como su huella ecológica (figura 4). El transporte colectivo, representado por el ferrocarril, aparecía claramente como el medio más eficaz de comunicar ese territorio multipolar reduciendo el cuarteamiento del territorio a lo imprescindible para mantener su capacidad productiva y el paisaje natural. Si a estos rasgos unimos la propuesta de mezcla de usos industriales, residenciales y comerciales y el acceso a la naturaleza próxima como factor de ocio y recreo, todo ello dentro de una densidad-compacidad media, así como unos mecanismos de autogestión atentos a la vez al mercado y a la pla-

Figura 4: Esquema de la Ciudad Jardín de Howard: 2.000 hectáreas de suelo agrícola para 400 hectáreas de suelo urbano y 32.000 habitantes. Fuente: <<http://www.outlooktower.org/garden-cities.jpg>>

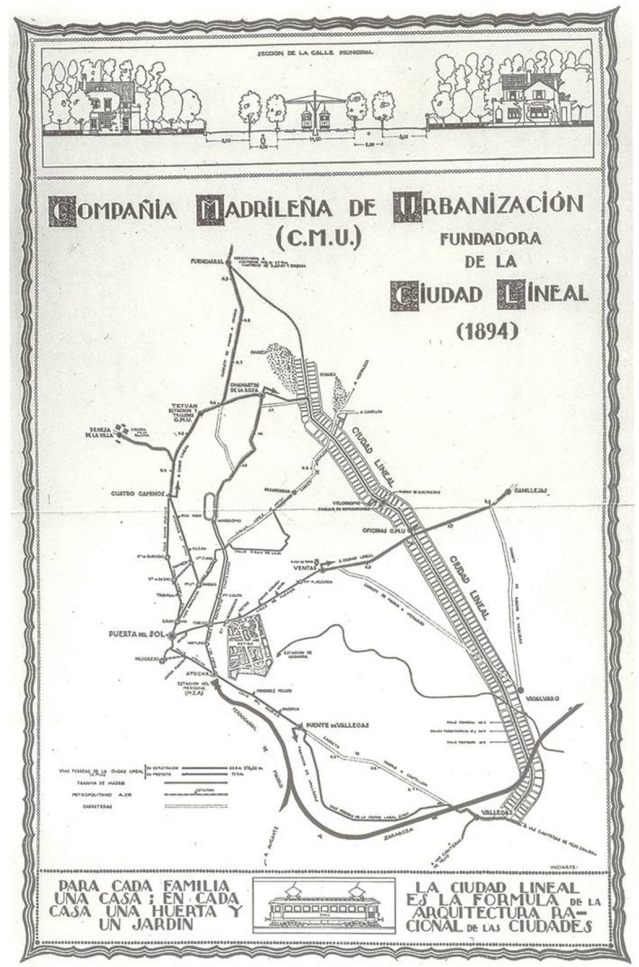


nificación colectiva, tenemos una formulación pionera de lo que en estos momentos, nos vemos obligados a caracterizar como *ecociudad* para sintetizar en un término todo lo que no ha sido el urbanismo en los más de 120 años transcurridos desde entonces.

Algo similar podría decirse de otro de los modelos originarios de referencia de la disciplina urbanística, la Ciudad Lineal (1883) (Alonso, 1998) de Arturo Soria (1844-1920), que reúne rasgos similares a los de la Ciudad Jardín, con la que está estrechamente emparentada cronológica y conceptualmente, pero proponiendo un modelo de desarrollo lineal en lugar del radioconcentrico de Howard (figura 5). La relación campo-ciudad, cuya proximidad e imbricación se busca asegurar a través del modelo, constituye de nuevo el argumento principal de la propuesta. Y en este caso también la intercomunicación y la reducción del cuarteamiento territorial queda garantizada por el eje tranviario que constituye su razón de ser y su columna vertebral. Desde la perspectiva actual de la sostenibilidad y la autosuficiencia alimentaria resulta también significativa la propuesta de continuidad e intercomplementariedad entre la agricultura urbana de pequeña escala, representada por los huertos particulares asociados a las parcelas, y la agricultura extensiva, dispuesta en las franjas externas de la propuesta.

Podría alegarse que estas propuestas eran privativas de modelos de densidad media-baja y aparentemente anti urbanos como los expuestos, pero lo cierto es que las mismas características fundamentales aparecen en una formulación tan profundamente urbana, y claramente perteneciente a la gama de altas densidades, como es la expuesta por Ildefonso Cerdá (1815-1876) en su *Teoría General de la Urbanización* (Cerdá, 1859, 1861, 1991), desarrollada en paralelo a su propuesta de Ensanche de Barcelona (1855). En efecto, son de nuevo la mezcla de usos y especialmente el papel del ferrocarril como medio de intercomunicación urbana e interurbana dos de los rasgos estructurantes de la propuesta, pero es la famosa consigna “ruralizar lo urbano, urbanizar lo rural”, acuñada por Cerdá, la que mejor refleja la estrecha atención a la relación campo-ciudad y su relación conceptual con las propuestas de Howard y Soria. Es preciso señalar a este respecto que la idea de “urbanizar lo rural” tiene para Cerdá un significado muy diferente del que se puede entender actualmente a la vista de la depredación urbana de los territorios rurales: se trata de aportar al ámbito de la gestión agraria los valores de eficacia y progreso que en aquel momento parecían consustanciales a la mecanización. Por otra parte, la mejor muestra de lo que Cerdá entendía por “ruralizar lo urbano” son los amplios patios de manzana de su propuesta originaria de 1855 para el Ensanche de Barcelona (figura 6), concebidos como espacios para la inserción de la naturaleza y los usos productivos a través de jardines y huertos comunitarios.

No podía faltar en una reflexión sobre las relaciones entre campo y ciudad desde la óptica del primer urbanismo la figura de Patrick Geddes (1854-1932), quien a través de sus propuestas teóricas y prácticas (figura 7) amplió la reflexión al ámbito territorial bajo el concepto de planificación regional, introduciendo además algunos conceptos



PLAN DE LA CIUDAD LINEAL alrededor de Madrid.—Primera y segunda barriada en construcción y explanación muy adelantada.—Obsérvense las diferentes vías férreas y carreteras de acceso a la Ciudad Lineal y que la enlazan con la capital.

Figura 5. La ciudad lineal de Arturo Soria: en cada casa una huerta y un jardín. Fuente: Dethier & Guiheux, 1994.

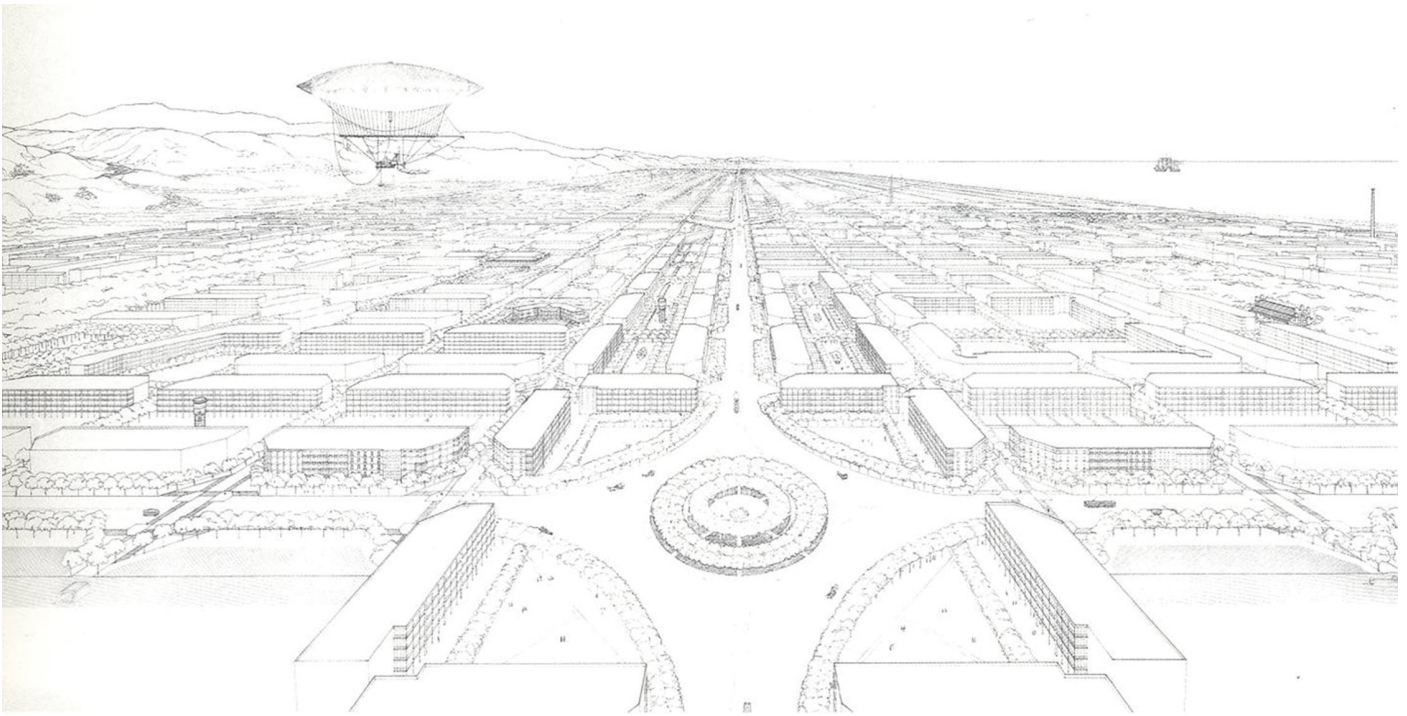
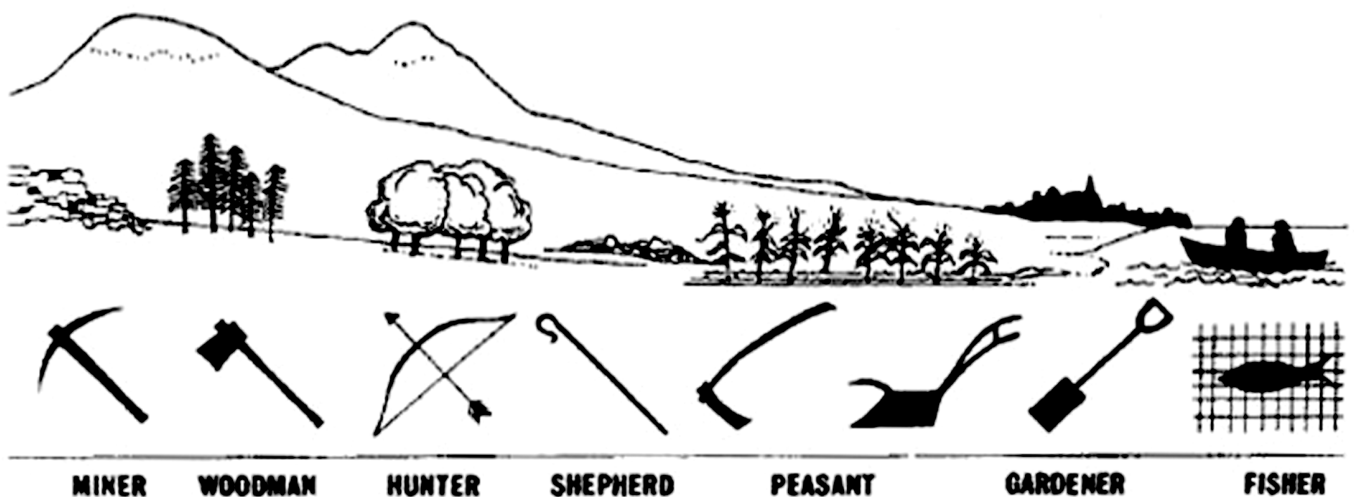


Figura 6: La propuesta inicial de Cerdá ofrecía una densidad mucho menor y una mayor proporción de áreas naturalizadas. Fuente: *Revista 2c Construcción de la Ciudad*, nº 8, marzo 1977.

Figura 7: La famosa Sección del Valle de Patrick Geddes, en la que trata de relacionar los condicionantes geográficos con las formas de aprovechamiento de los recursos por parte de la especie humana. Fuente: <https://www.flickr.com/photos/rob_goodsped/2003887773/>.

como son la necesidad de abordar la comprensión del territorio desde una perspectiva pluridisciplinar y la de contar con la participación ciudadana en la construcción de la ciudad; ideas que en este momento vuelven a aparecer como herramientas ineludibles para abordar el fenómeno urbano-territorial desde la óptica de la sostenibilidad. Pero las aportaciones de Geddes, cuyo caótico tumulto de ideas ordenaría y desarrollaría fielmente su discípulo Lewis Mumford, van mucho más allá de las propuestas metodológicas o instrumentales, por importantes que ellas sean. Su formación de biólogo y botánico y su estrecho contacto con el geógrafo anarquista Eliseo Reclús, le permitirían desarrollar una lúcida visión holística del territorio en la que los recursos ocupaban el lugar central. Y como resultado de esta visión, engarzadas en su estructura básica, propone conceptos como el de parque urbano o el de cuñas verdes, entre otros, que de nuevo ocupan el primer plano en las más avanzadas propuestas actuales de sostenibilidad territorial. Y respecto a su estrecha vinculación con las otras propuestas reseñadas, lo mejor es acudir a sus propias palabras:



... y mientras nuestros amigos los planificadores urbanos y los ingenieros municipales van añadiendo calle tras calle, suburbio tras suburbio, es el momento que nosotros también nos pongamos en acción y hagamos que el campo conquiste la calle, no sólo que la calle conquiste el campo (Geddes, 1915, 2009, p. 212).

Como corolario final de este breve recorrido por las propuestas originarias del urbanismo convendría tal vez recalcar un par de aspectos comunes a todas ellas más allá de los ya señalados, tales como que todas sin excepción se proponían, no como elucubraciones teóricas, sino como alternativas prácticas a realizar en el aquí y ahora, ya fuese desde la óptica empresarial (Howard, Soria, Geddes) o la administrativa (Cerdá, Geddes), y que todas ellas fueron desarrolladas desde ámbitos y perfiles profesionales ajenos tanto a la arquitectura y el urbanismo como a la agronomía: Howard y Soria eran fundamentalmente empresarios, Cerdá, ingeniero civil, y Geddes, como ya hemos señalado, biólogo y botánico.

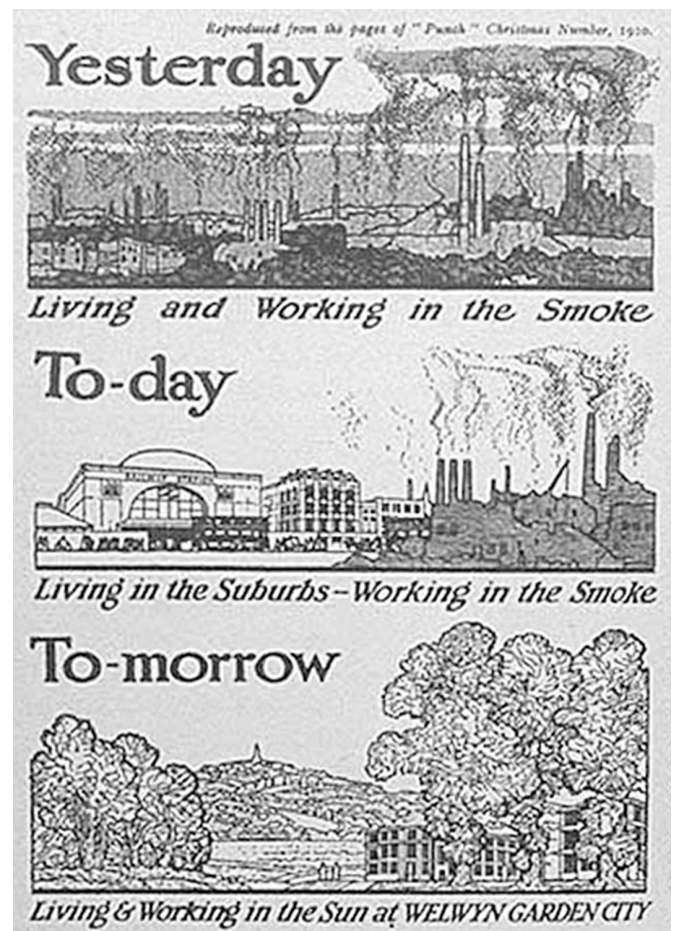
Puede decirse así que el enfoque originario del urbanismo fue espontánea e intrínsecamente multidisciplinar.

3. Pasos hacia el desencuentro

En cualquier caso, sin necesidad de entrar en un recorrido mucho más exhaustivo, no cabe duda de que, como apuntábamos más arriba, la relación entre campo y ciudad, en continuidad con las reflexiones y las propuestas también mencionadas de los manuales clásicos y renacentistas, constituyó unos de los argumentos básicos en la propia construcción del urbanismo, pues todas las propuestas reseñadas, lejos de ser anécdotas en el desarrollo de la nueva disciplina, pasaron a quedar firmemente enraizadas en el código genético de la misma. ¿Cómo se entiende, pues, el evidente desencuentro posterior?

Tal vez habría que empezar recordando, aunque sea sintéticamente, cuál fue la evolución de cada una de estas propuestas en su vertiente práctica: en el caso de la Ciudad Jardín de Howard, tras las primeras realizaciones en Letchworth (1903) y Welwyn (1920) (figura 8) a cargo de Raymond Unwin, Barry Parker y Frederick Osborn, en las que ya la idea inicial había perdido profundidad y radicalidad, el término “ciudad jardín” acaba experimentando una rápida deriva hasta quedar reducido a su significado actual como sinónimo de suburbio ajardinado (Hall, 1991) y, lo que es más grave, a convertirse en la justificación para los modelos residenciales de dispersión urbana, tan destructivos para el campo como la ciudad; la Compañía Madrileña de Urbanización fundada por Arturo Soria acabó arruinada en 1914 y su Ciudad Lineal reducida a un pequeña trama lineal de hotelitos absorbida por el tejido urbano de Madrid; en el caso del Ensanche de Barcelona, la densificación progresiva de las manzanas concebidas originariamente por Cerdá para introducir jardines y huertos y la sustitución del transporte colectivo por el vehículo privado sustraen a la propuesta dos de sus rasgos carac-

Figura 8: Publicidad de la Ciudad Jardín de Welwyn City (1920). Fuente: <<http://www.hackney.gov.uk/ep-ebenezer-howard.htm>>.

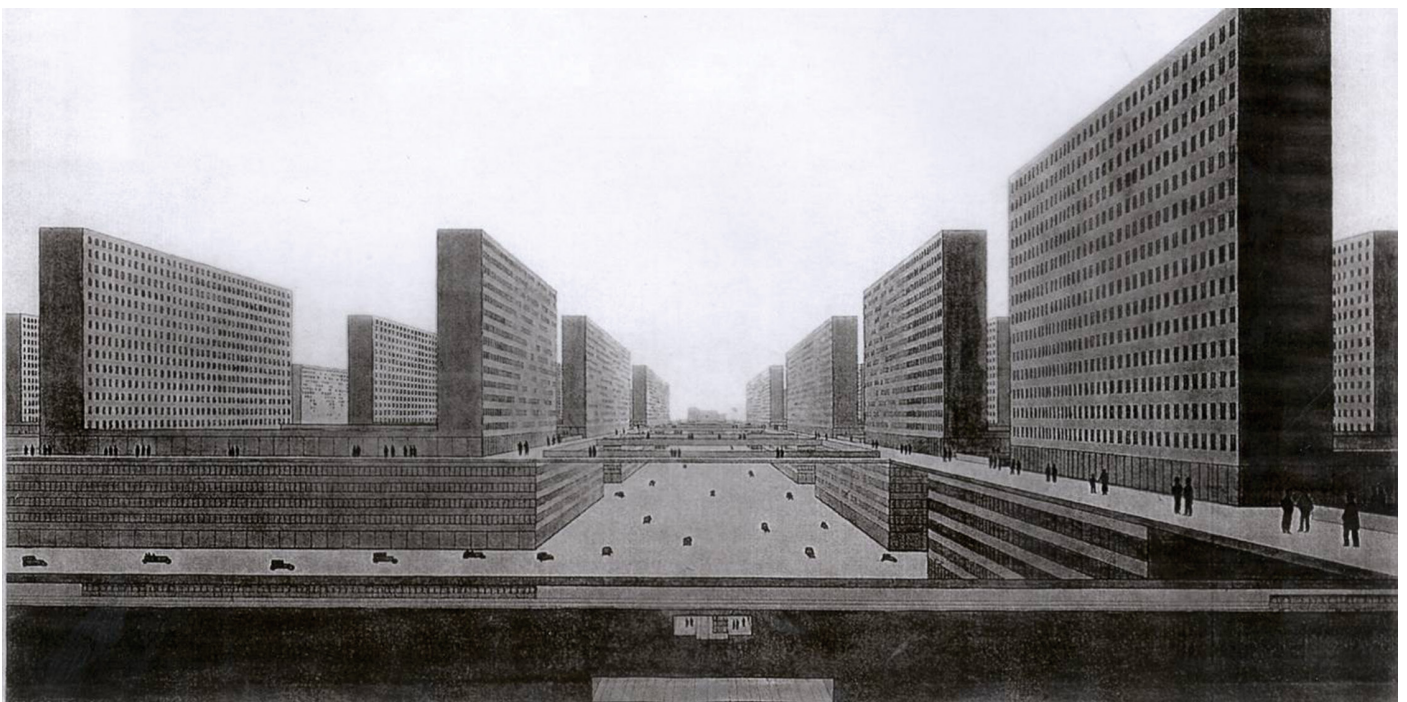


terísticos; las ideas tanto metodológicas como propositivas de Geddes quedan reducidas a su versiones más banalizadas: la “información urbanística” como trasunto del diagnóstico holístico, la planificación regional como *zoning* a gran escala, y los parques urbanos como islas de verde desconectadas del resto del tejido. El elemento común a todos estos procesos es, precisamente, el vaciamiento y pérdida de fuerza de lo que se había mantenido hasta entonces como una evidencia, a saber, la necesidad de aunar la lógica urbana y la rural.

Pueden alegarse muchas causas para este proceso, y no es este el lugar donde profundizar exhaustivamente en todas ellas, pero la principal se deriva sin duda de la evolución que experimenta el modelo económico dominante desde el industrialismo paleotécnico de mediados del siglo XIX hasta el modelo fordista de principios del siglo XX, caracterizado por la mecanización de la producción y la estricta separación de procesos y funciones en aras de una eficacia medida exclusivamente en términos de velocidad y volumen de producción. Todo ello dentro de un marco conceptual que concibe los recursos energéticos y materiales extraídos de la tierra como virtualmente inagotables, tanto como la supuesta capacidad del entorno natural para absorber los impactos. En la fértil pugna entre los diferentes conceptos del progreso que se habían ido generando a partir del triunfo dieciochesco de la Ilustración sobre el Antiguo Régimen prevalece inexorablemente el modelo más mecanicista, para el cual la separación y fragmentación del conocimiento en disciplinas especializadas aparece como la opción más eficaz. La ruptura con la historia y con el pasado aparecen dentro de este modelo como necesidades ineludibles: las ideas ancestrales de límite y de ciclo no pueden constituir sino obstáculos para el mito del crecimiento continuo.

Desde la óptica del urbanismo, una de estas disciplinas especializadas aún en construcción a principios del siglo XX, se precisaban ideas a la altura de este modelo resplandeciente en su simplicidad. No tardaron en surgir del atormentado magma conceptual generado por la traumática Gran Guerra del 14, que alimentó el odio al pasado en las jóvenes generaciones que sufrieron en carne propia las consecuencias

Figura 9: El urbanismo del Movimiento Moderno: la imagen de una Ciudad en Altura de Ludwig Hilberseimer (1927).
Fuente: Dethier & Guiheux, 1994.



de lo que consideraban los pecados y vicios de sus mayores. El afán de higiénica pureza de las llamadas vanguardias heroicas de entreguerras acabó traducándose en el ámbito del urbanismo, a partir de las ideas aún en gran medida paleoindustriales de la Bauhaus, en el programa del llamado significativamente Movimiento Moderno y en su trasunto arquitectónico, el Estilo Internacional: formas geométricas puras, ajenas a la geografía, a la historia y a la identidad local, y separación estricta de espacios y funciones reducidos a un programa básico (figura 9), el modelo productivista había encontrado por fin una brillante estrategia para la transformación acelerada del territorio a la altura de sus expectativas.

Dentro de este modelo, la presencia de la naturaleza queda reducida a un tapiz verde, abstracto, que discurre teóricamente de forma continua por debajo de los bloques elevados sobre *pilotis* y que, junto con las representaciones idealizadas de árboles sin especie definida que pueblan los dibujos de los arquitectos racionalistas, sirve exclusivamente de fondo plástico de las composiciones (figura 10), por su valor de contraste con las límpidas geometrías platónicas de la arquitectura, reducida al “juego sabio y magnífico de los volúmenes bajo la luz”: ha nacido la *zona verde* como epítome de la naturaleza sin atributos y como oportuno suelo de reserva para facilitar el proceso de *producción de espacio urbanizado*. Para completar el escenario, sólo faltaba que el producto estrella que había dado su nombre al modelo en su versión capitalista, el vehículo privado concebido por Henry Ford, ocupase el primer plano como impulsor del mismo, difundiendo y promoviendo la propia idea de velocidad. Un modelo productivista de progreso, por otra parte, que habría de ser abrazado con entusiasmo por los regímenes capitalistas, fascistas y comunistas, en desacuerdo únicamente en las formas de apropiarse, gestionar y distribuir la riqueza, es decir, en la relación entre riqueza y poder, pero no en el propio concepto de riqueza.

Y es este modelo urbanístico perfectamente adaptado a las necesidades de acumulación del modelo económico el que consagra definitivamente el divorcio entre campo y ciudad como resultado implacable de su lógica de la separación. De forma muy significativa, cuando los principios del Movimiento Moderno quedan definitivamente articulados en la Carta de Atenas (1933,1941) como Biblia del urbanismo moderno, entre las funciones que su redactor y máximo adalid, Le Corbusier, expone como las cuatro básicas a cumplir por la ciudad están las de Habitar, Circular, Trabajar y Disfrutar del Ocio: ninguna de ellas contempla la función de Alimentarse, convertida así en un proceso orgánico espontáneo y desmaterializado como Andar o Respirar, sin lugar en el espacio ni en el tiempo.

Dentro de este proceso que estamos describiendo de forma sintética, es relevante hacer mención aquí a la particular dinámica de relaciones que ha existido entre Estados Unidos y Europa a lo largo del mismo, y cómo esto se ha traducido en dos versiones o modelos muy

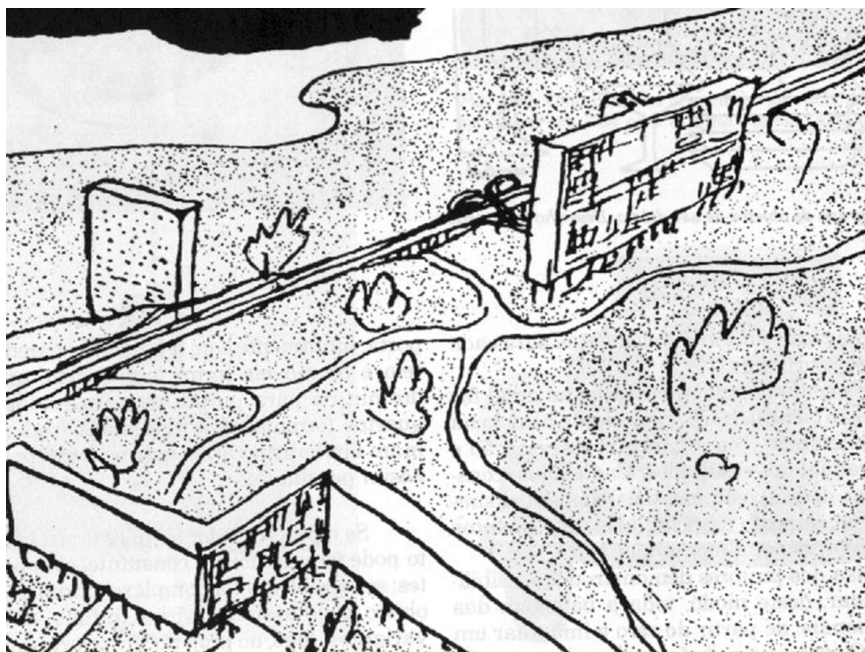


Figura 10: Le Corbusier: la naturaleza como tapiz abstracto para el despliegue de la arquitectura. Fuente: <<http://www.pinterest.com/pin/99923685455257559/>>.



Figura 11: Una imagen de la Levittown en 1948 como modelo del American Dream basado en la vivienda unifamiliar y el automóvil privado. Fuente: <http://www.nytimes.com/slideshow/2007/10/12/nyregion/20071013_LEVITTOWN_SLIDESHOW_index.html?_r=0>.

diferentes de divorcio urbanístico entre campo y ciudad, igualmente destructivos ambos a la escala territorial.

Así, podría decirse que es la imagen de reluciente modernidad de las grandes urbes norteamericanas densas y compactas y la potencia económica asociada a la poderosa industria de masas de la cuna del fordismo la que inspiró en gran medida el modelo urbanístico teórico del Movimiento Moderno en las primeras décadas del siglo XX. Pero mientras la reconstrucción de Europa después de la segunda guerra mundial propició la puesta en práctica de dicho modelo a gran escala, generando las extensas periferias de bloques y torres residenciales en torno a las ciudades del continente y el abandono del campo en aras de la reconstrucción industrial,

en Estados Unidos el modelo dominante de desarrollo urbano había comenzado a experimentar una crucial deriva, propiciada en gran medida por el cambio en el modelo de movilidad.

En efecto, si había sido el ferrocarril el motor de la conquista del Oeste y de la industrialización norteamericana, y de algún modo, la clave para el triunfo del fordismo, fue el automóvil privado, el producto estrella de este modelo industrial ideado por Henry Ford, el que paradójicamente acabó destronando al poderoso ferrocarril y dando lugar a un modelo especialmente adecuado para el imaginario individualista y esencialmente antiurbano de la cultura norteamericana, y cuyo desarrollo fue acelerado gracias a la riqueza y el petróleo barato de un país convertido en potencia mundial y dispuesto a hacer realidad su *American Dream* (figura 11).

Basado en el automóvil privado, la vivienda unifamiliar y una visión higienizada y abstracta de la naturaleza, este modelo de dispersión urbana (*urban sprawl*) sólo era posible a partir de una lógica funcionalista de la zonificación tan estricta como la del Movimiento Moderno europeo, pero llevada a la escala territorial norteamericana: ciudades con los centros degradados y vaciados y convertidas en exclusivos centros terciarios, grandes industrias en las periferias de estas ciudades alimentadas por *commuters* gracias a extensas redes de autovías entrelazadas por gigantescos nudos, enormes centros comerciales como sustitutos de las *main streets* desaparecidas y rodeados de inmensas playas de aparcamiento y una poderosa agroindustria fuertemente mecanizada ocupando grandes extensiones del país, mientras la naturaleza acosada quedaba encerrada en las islas formadas por los parques naturales.

Y de acuerdo con el proceso de fertilización e inspiración mutua que ha caracterizado las relaciones entre Europa y estados Unidos, este modelo asociado a la opulencia no tardó en convertirse a su vez en el referente para los modelos de desarrollo europeos a partir de los años sesenta, cuando el final de la posguerra supuso el inicio de un largo periodo de prosperidad en el Viejo Continente. Más allá de las periferias de bloques comenzaron a proliferar las extensas urbanizaciones de viviendas unifamiliares, publicitadas irónicamente como una forma de

“regreso a la naturaleza”, en la que el prestigiado término “naturaleza”, en su higiénica e idealizada versión moderna, quedaba contrapuesto de algún modo al término “campo”, lleno de connotaciones de atraso económico y cultural.

Desde el punto de vista territorial, esta convergencia entre modelos de ocupación del suelo actuó, pues, en todas partes como una pinza destructora sobre los usos agrícolas tradicionales, propiciando su transformación acelerada hacia las formas de explotación agroindustriales que requería la lógica fundamentalmente urbana del modelo económico predominante.

4. Un divorcio de mutuo acuerdo

No obstante, conviene en este punto dejar sentado que el divorcio entre campo y ciudad que hemos descrito en términos urbanísticos, se produce, de algún modo y como trataremos aquí de argumentar, de mutuo acuerdo o por mutua indiferencia. Dentro de la dicotomía campo-ciudad, hemos dirigido aquí el foco hacia el segundo de estos términos, pero cabría hacer un recorrido similar desde la perspectiva del primero de cara a fundamentar mejor las posibles estrategias para el imprescindible reencuentro.

Para ello, sería preciso en primer lugar levantar la manta protectora de un concepto tan general como es el de “campo” para poner de manifiesto su carácter multifacético. Tomándolo en primer lugar bajo su acepción de “entorno natural” o “naturaleza”, sería preciso arbolar una nueva dicotomía, en la que dicha acepción se situara en uno de los extremos, mientras que en el otro quedaran agrupados tanto los procesos urbanos como los rurales bajo la etiqueta de “territorio artificializado”, con el fin de recalcar algo tan relevante como es el hecho de que el impacto ambiental de las prácticas agropecuarias y forestales ha resultado en muchas ocasiones tanto o más destructivo en términos ambientales que las del propio proceso urbanizador: la destrucción de bosques y de ecosistemas enteros a ritmos mucho mayores que los de su capacidad de recuperación, con consecuencias fatales para las comunidades y civilizaciones responsables de estas prácticas de sobreexplotación, han sido una constante a lo largo de la historia de la especie humana incluso antes de que el modelo industrial permitiera incrementos hasta entonces impensables en la velocidad de transformación (Diamond, 2009). Pero incluso recurriendo exclusivamente a la acepción de campo como “entorno rural”, la historia ofrece pocos datos para mantener visiones de un pasado idílico: desde la ancestral hostilidad entre agricultores y ganaderos, representada por el mito de Caín y Abel, y de ambos hacia el bosque como el epítome de la Naturaleza hostil, hasta las numerosas formas de explotación humanas ligadas a la producción agropecuaria (régimen feudal, esclavismo, colonialismo...), el campo ha constituido un terreno tan conflictivo y sometido a la lógica del poder como la ciudad. Todo ello, en resumidas cuentas, no hace sino ratificar la indisociabilidad intrínseca de los conceptos “campo” y “ciudad” a la que hacíamos referencia al principio, evitando así cualquier tentación de idealización de una supuesta Arcadia rural frente a la depredación urbana.

Y así, la lógica del modelo fordista que a principios del siglo XX comenzó a aplicarse a la ciudad “moderna”, traducéndose como hemos visto en la estricta separación de espacios y funciones urbanas, se pro-

yectó de forma muy similar sobre el entorno rural (mecanización y motorización del trabajo, productividad, monofuncionalidad, separación estricta de funciones y de cultivos): si el coche es la imagen de la nueva ciudad, el tractor y la cosechadora se convierten en la imagen por excelencia del progreso rural, ensalzada por igual desde todos los confines ideológicos del espectro productivista. Los efectos de esta proyección sobre el entramado material y social del modelo de agricultura tradicional fueron comparables a los que produjo sobre el tejido urbano preexistente la aplicación de los principios de la Carta de Atenas (Le Corbusier, 1941, 1957). La práctica de arrancar encinas o alcornoques para plantar cereal, de sustituir el trigo por el maíz y el secano por el regadío, o en el ámbito forestal, la introducción masiva de especies de crecimiento rápido como el eucalipto sustituyendo bosques autóctonos, entre otras, que caracterizaron el proceso de “modernización” de la agricultura y la explotación forestal en España, es decir, el proceso de su transformación hacia la lógica de la industrial, fueron en paralelo con el consiguiente éxodo rural hacia las informes periferias urbanas de las grandes ciudades para proporcionar mano de obra para el desarrollo acelerado modelo industrial. Y tal como señala José Manuel Naredo:

A este deterioro se une aquel otro del patrimonio rural por abandono que abarca tanto la ruina masiva de la edificación y las infraestructuras rurales tradicionales, como el amplio proceso de “matorralización” de antiguas dehesas, viñedos y olivares y, en general, zonas de policultivo con setos, muros de piedra y manchas de arbolado (Naredo, 2004, p. 517).

Dentro de esta lógica de la separación, por otra parte, y en paralelo a la aparición disciplinar del urbanismo y a su progresivo distanciamiento y desinterés con respecto a los problemas del campo, aparece la moderna agronomía, igualmente indiferente con respecto a los problemas de la ciudad, al igual que todas las demás formas de ingeniería asociadas al entorno rural y forestal, concentradas de forma autista en su ámbito de trabajo y en su concepción similar de la naturaleza y los ecosistemas como simples almacenes proveedores de recursos.

Completando este panorama de la fragmentación epistemológica y la especialización de la producción material, a partir del siglo XIX se desarrolla con inusitado vigor la ingeniería civil como ámbito específico, tan indiferente al campo como la ciudad, atento tan sólo a facilitar mediante las “infraestructuras” el desplazamiento veloz de la materia y la energía a través de un territorio cuyas particularidades se describen como “accidentes geográficos”, es decir, obstáculos a laminar con el fin de adaptar el territorio a la lógica urbana.

5. Reacciones al desastre

Naturalmente, la historia no responde a pautas lineales y, si hemos de retomar el hilo conductor de los encuentros y desencuentros entre campo y ciudad desde la perspectiva del urbanismo, sería imprescindible hacer referencia aquí, aunque sea somera, a los intentos esporádicos y en muchas ocasiones infructuosos por parte de la disciplina de retomar la visión integral que había alimentado sus orígenes, sobre todo a partir de mediados del siglo XX, en que empezaron a hacerse palpables los efectos desastrosos sobre la ciudad y el campo de

la aplicación extensiva en Europa de los principios del Movimiento Moderno, propiciada por las necesidades de reconstrucción tras la segunda guerra mundial o, en el caso de los Estados Unidos, la banalización del paisaje y la depredación del territorio producida por el modelo de urbanización dispersa (*urban sprawl* (Duany, 2001)), aún antes de que se formularan en términos ambientales las consecuencias de dicho modelo insosteniblemente energívoro.

En algunos casos, como es el de la Broadacre City del arquitecto Frank Lloyd Wright (figura 12), desarrollada en Estados Unidos entre 1934 y 1958 en sus diferentes versiones, se trata de una apuesta territorial fundamentalmente antiurbana que trata de conjugar el mito de la conquista del Oeste con una versión extrema y lujosa del sueño americano, sin cobrar verdadera conciencia de las consecuencias ambientales del modelo. Los elementos destinados a la producción agraria contenidos en la propuesta de Wright resultan anecdóticos y su intento de encaje de los otros elementos fundamentales del modelo norteamericano disperso, como son el rascacielos de oficinas y el *mall* o centro comercial, resulta tan inverosímil como los vehículos voladores que sobrevuelan el extenso territorio. Debido a ello, la propuesta, muy ajena a los problemas reales tanto del campo y la ciudad como del transporte, queda reducida a una serie de bellas imágenes *kitsch*, por otra parte muy representativas del deliberado diletantismo que ha caracterizado muchas de las aproximaciones a los problemas territoriales desde el ámbito cada vez más endogámico de la arquitectura durante la segunda mitad del siglo XX.

Mucho más sólidas son las aproximaciones a la cuestión que se realizan en el Reino Unido a partir de mediados de la década de 1940, con resultados positivos que se proyectan incluso hasta nuestros días. De hecho, hay que señalar que el enfoque británico de las relaciones entre campo y ciudad desde la perspectiva de la planificación ha revestido unas características especiales que lo diferencian en gran medida del resto de países del continente europeo, debido a un conjunto de razones, entre las cuales la insularidad y, por tanto, la especial sensibilidad a las cuestiones de autosuficiencia alimentaria no es la menos importante; el programa público de desarrollo de huertos urbanos de subsistencia en Londres durante la segunda guerra mundial, aprovechando la tradición hortícola del país (Morán, 2009) y las pautas de baja densidad de la metrópolis, constituye un claro ejemplo de este aspecto. Hay que recalcar igualmente que la influencia y los efectos del Movimiento Moderno sobre el tejido urbano británico fueron considerablemente menores que en el resto del continente, debido en parte al poco arraigo en la cultura urbana británica de las pautas residenciales colectivas.

La redacción del Plan de Londres de 1943 conocido como Plan Abercrombie, en el que se retomaba de forma decidida la propuesta de

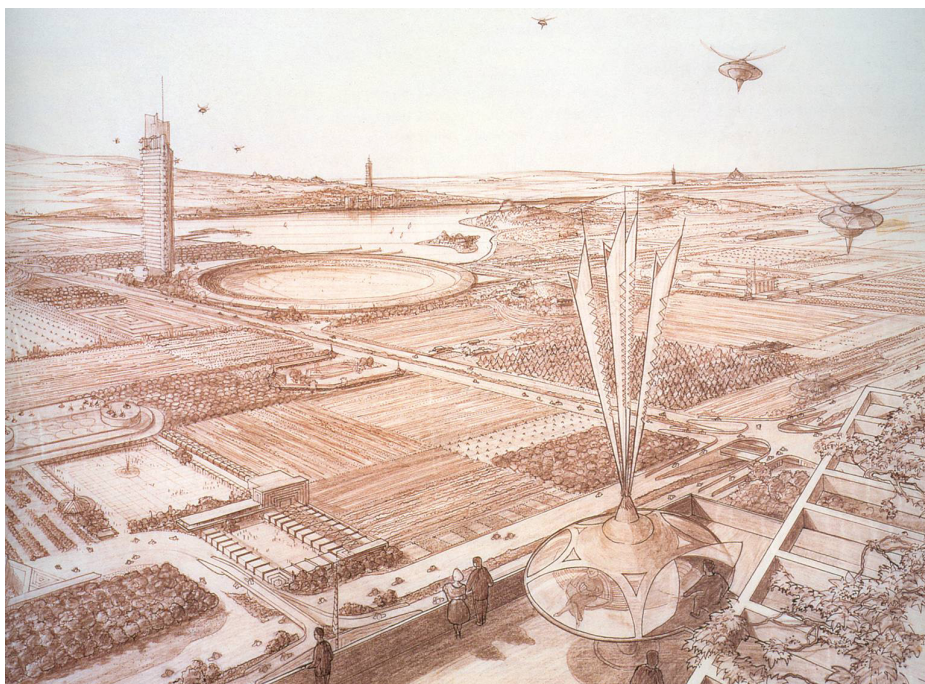


Figura 12: La ciudad del sueño antiurbano americano. Broadacre City (1934-1958) de Frank Lloyd Wright. Fuente: Izzo, 1977.

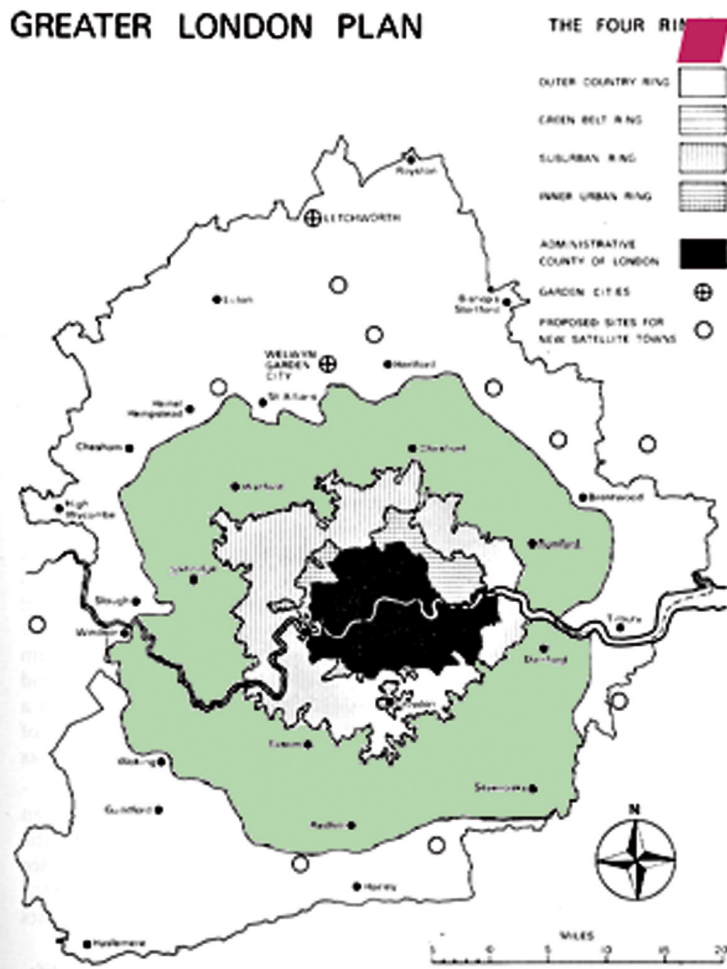


Figura 13: El Plan de Abercrombie para el Gran Londres de 1944. Fuente: Memorial University, Department of Geography, archivos, foto 168/190. <<http://www.mun.ca/geog/interdisciplinary/harlow/>>.

1935 del Comité de Planificación Regional del Gran Londres (Greater London Regional Planning Committee) (figura 13) de crear un Anillo Verde Metropolitano en torno a la metrópolis como protección del entorno rural frente al empuje de la urbano; el programa iniciado en 1946 de Nuevas Ciudades (Newtowns), inspiradas en el modelo de ciudad jardín de Ebenezer Howard y destinadas a absorber el crecimiento demográfico evitando el crecimiento en mancha de aceite de los núcleos existentes a costa del suelo agrícola; y, finalmente, la aprobación de la Town and Country Act 1947 (Ley de la Ciudad y el Campo), que entró en vigor en 1948, con el objetivo de equilibrar el desarrollo urbano y el rural, y en la que se instó a todas las ciudades a crear sus correspondientes anillos verdes, son los hitos fundamentales de esta aproximación británica a las relaciones entre el campo y la ciudad en un momento en que en el resto de Europa hacía crecer sus periferias urbanas a base de bloques al mismo ritmo en que se producía el éxodo rural y el abandono de campos y pueblos.

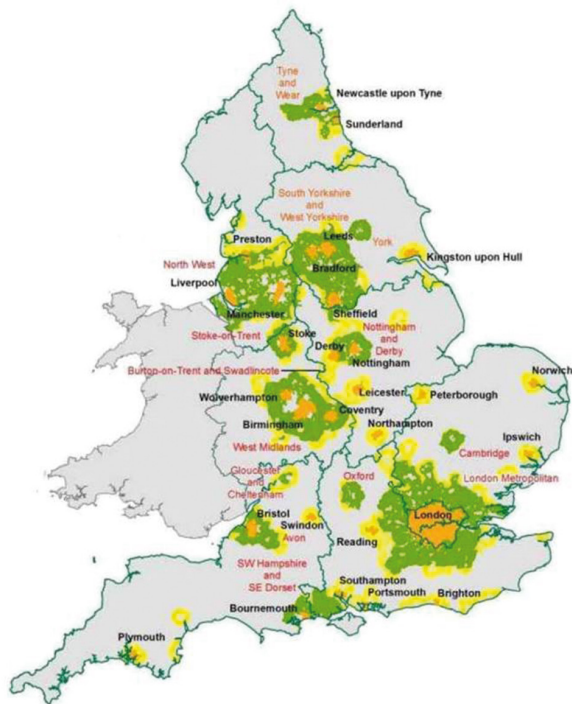
Los resultados de estos intentos, y en general del modelo británico de planificación, han hecho correr ríos de tinta, siendo objeto de encendidos debates disciplinares y sobre todo políticos, haciendo hincapié en aspectos tales como la desproporción entre inversiones y resultados

en el caso del programa de *newtowns*, que se interrumpió en 1967 con la *newtown* de Milton Keynes, tras la realización de 28 de ellas a lo largo de todo el país, habiéndose quedado muy lejos en sus objetivos de absorción del crecimiento urbano; o acusando a los anillos verdes de haberse convertido en corsés artificiales para el crecimiento urbano y, por ende, económico de las ciudades inglesas. No obstante, desde la óptica que aquí se contempla, atenta al equilibrio de las relaciones campo-ciudad, no cabe duda de que el balance ha sido altamente positivo y, con un total de catorce anillos verdes (figura 14) respaldados por un amplio apoyo de la ciudadanía que ha saltado en su defensa cada vez que se ha visto amenazada por la presión urbana, o fenómenos tales como el reciente auge de los huertos urbanos y periurbanos y las redes de mercados de calle, se puede afirmar sin duda que el Reino Unido se encuentra en estos momentos en una posición claramente ventajosa en lo que se refiere a oportunidades para reconducir su modelo hacia pautas significativas de autosuficiencia alimentaria con criterios de sostenibilidad. Podría decirse incluso que un fenómeno como es la dispersión urbana, convertido en uno de los principales problemas urbanos de los países desarrollados, ha revestido en Inglaterra unas características particulares, basadas en parte en una raigambre cultural de la que surgió el modelo de Howard, que lo han mantenido en cierta medida alejado de los excesos tanto norteamericanos como europeos continentales.

Podrían citarse otros intentos esporádicos de restituir de algún modo la vocación originaria del urbanismo como disciplina integral y de suscitar el reencuentro entre el campo y la ciudad, como las re-

Green Belts in England

Total land area of all Green Belts in England: 1.6 million hectares (13% of England's total land area, 13,050,388 ha).



Key Facts

January 2010

Green Belt fact sheets covered in this series:

England

- London (Metropolitan)
- Avon
- Burton/Swadlinote
- Cambridge
- Gloucester/Cheltenham
- North West
- Nottingham/Derby
- Oxford
- Hampshire/Dorset
- South & West Yorkshire
- Stoke-on-Trent
- Tyne & Wear
- West Midlands
- York

Figura 14: El sistema de Anillo Verdes del Reino Unido. Fuente: <http://www.cpre.org.uk/resources/housing-and-planning/green-belts/item/1957-green-belts-in-england-key-facts>

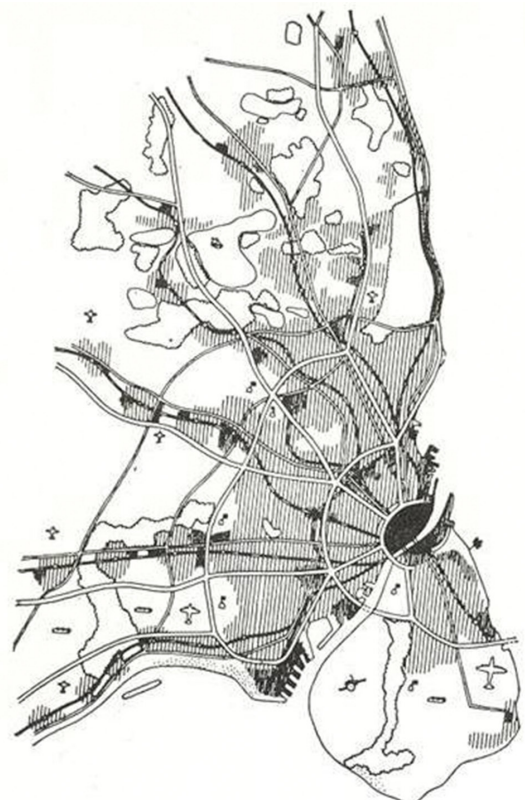
flexiones en torno a la idea de *ciudad orgánica* o las propuestas híbridas como el notable plan de 1949 para el desarrollo regional de Copenhague, conocido como el “Plan de Dedos” (figura 15) que, muy en sintonía con las ideas de planificación regional de Geddes, trataba de conjugar las virtudes de la ciudad jardín y la ciudad lineal, introduciendo además el concepto de cuña verde de penetración en el tejido urbano. En cualquier caso, en la práctica todos ellos tropiezan a lo largo de todo el siglo XX, especialmente a partir de la década de 1950, con la lógica inexorable de un modelo de crecimiento basado, como hemos visto, en la estricta sectorialización de las actividades y en una concepción del suelo como superficie homogénea, abstracta, desprovista de cualidades propias, susceptible de soportar cualquier uso, ya sea urbano, agrícola o infraestructural, asignado exclusivamente desde la lógica económica, al margen de cualquier consideración en cuanto a costes sociales o ecológicos.

6. El triunfo de la lógica urbana

Contemplado desde el presente, puede describirse el largo proceso de más de un siglo que se inicia con la extensión del modelo industrial fordista y su conversión paulatina hacia el actual modelo posindustrial, basado en el consumo de masas global, la financiarización de la economía y la división planetaria de las funciones y el trabajo, como un trayecto sin retorno hacia el predominio definitivo de lo urbano.

Y, en efecto, cabe hablar de *lo urbano* porque el término *ciudad*, que evoca aún la imagen de un artefacto definido y

Figura 15. El Plan Regional de Copenhague de 1949 (Plan de Dedos): ciudades satélite unidas en franjas lineales con el núcleo central por líneas de cercanía y autovías dejando cuñas verdes de penetración. Fuente: Gallion, 1963.



con límites claros, ha perdido casi por completo su capacidad explicativa, como la ha perdido igualmente la palabra *campo* para describir el territorio difuso y caótico, acosado entre las densas periferias urbanas y los desarrollos residenciales dispersos, cuarteado por infraestructuras y salpicado de instalaciones y usos variopintos, entre los cuales los agrícolas y ganaderos no son sino una parte del mosaico que se extiende entre los núcleos de bordes deshilachados que en otro tiempo fueron las ciudades. Por otra parte, los entornos llamados *naturales*, dentro de este paisaje posindustrial, de este tejido interurbano de difícil denominación (*zwischenstadt*, *in-between city*, *ciudad difusa* ...), aparecen cada vez más como islas residuales perpetuamente acosadas por lo urbano (Rowe, 1991; Duany, 2001; Nel-lo, 2001; Sieverts, 2003; Bruegman, 2005).

Así pues, constatar el triunfo de lo urbano es, de algún modo, ratificar el ocaso tanto de la ciudad como del campo en sus respectivos sentidos primigenios. Sin embargo, no cabe duda de que el escenario resultante está más claramente inclinado hacia el primero de estos términos, en el sentido de que la lógica que lo impulsa globalmente es el producto, a la vez decantado y magnificado a la escala planetaria, de la Ciudad Moderna del Productivismo. Efectivamente, hasta la más remota de las explotaciones agrícolas, ganaderas o forestales responde de algún modo a pautas y decisiones generadas en y para entornos claramente urbanos, como está sometido ya a esa misma lógica el metabolismo de hasta el último reducto *natural*, sea en la Antártida o el Amazonas. Es, pues, esa misma lógica urbana la causa última de la crisis ambiental, como acertadamente se dictaminó en la Cumbre de Río de 1992.

7. Un nuevo paradigma para el reencuentro

No tiene sentido desgranar aquí una vez más las causas y los efectos de la crisis ambiental en términos de despilfarro de suelo, energía y recursos y de emisión de contaminación y desechos ni enunciar los rasgos principales del nuevo paradigma ecológico que, poco a poco, ha venido construyéndose en la teoría y en la práctica a lo largo del siglo anterior como resultado y como respuesta a las manifestaciones cada vez más palpables de dicha crisis.

No obstante, sí puede ser útil, de cara a orientarnos en relación con el tema de la presente reflexión, retornar al principio de la misma y reconsiderar a la luz de este nuevo paradigma el marco conceptual en el que se produjeron las propuestas originarias del urbanismo para constatar el grado de coincidencia entre uno y otro, o más bien, entre las propuestas generadas en aquel periodo de transición entre el antiguo y el nuevo modelo industrial, en el que aún no se habían perdido los vínculos con el modo ancestral de hacer ciudad, y las alternativas que surgen como resultado de la aplicación coherente del nuevo paradigma ecológico. De hecho, si volvemos la mirada aún más atrás, las recomendaciones de Vitruvio u otros tratadistas clásicos sobre la necesidad de atender a los recursos locales y a la orientación, o de tener en cuenta los aspectos higiénicos o sanitarios, no desentonarían en absoluto en un manual contemporáneo de *sostenibilidad* urbana.

Esto no constituye en absoluto una paradoja ni un hecho excepcional; tal como nos enseña la denominada “historia ambiental”:

Las preocupaciones por los recursos naturales, por el medio ambiente y por la propia “sostenibilidad” de las relaciones sociales en relación con su medio ambiente han sido habituales, aunque obviamente nunca se expresaron en esos términos (González de Molina & Toledo, 2011, p. 32-33).

Es precisamente esta rama actual de la historia, informada por el paradigma ecológico, la que nos permite, mediante la integración de los factores energéticos y materiales en la descripción y la comprensión de los procesos históricos, entender ahora la importancia de dichos factores como condiciones fundamentales de contorno en la organización de las sociedades humanas, y desvelar a la vez como *metafísicos*, *pararreligiosos* o *ideológicos* los axiomas fundamentales sobre los que, como ya hemos visto, se ha construido la versión triunfante de la modernidad, y en especial el mito del crecimiento basado en la capacidad infinita de la naturaleza como proveedora de recursos y sumidero de desechos.

En definitiva, es paradójicamente el pensamiento científico el que nos permite ahora comprender a la vez la irracionalidad de los componentes básicos del modelo dominante de progreso y la racionalidad de muchas de las prácticas y conceptos desechados como residuos ancestrales del pasado en aras de dicho modelo. Entre estos conceptos, algunos, como el de *ciclo* o el de *límite*, habían estado en la base de todas las culturas humanas como resultado empírico de su interacción directa con los procesos y las fuerzas de la naturaleza, especialmente desde la aparición de la agricultura como actividad cíclica por excelencia. Arrumbados por el paleocientifismo como obstáculos al mito del progreso, estos conceptos reaparecen ahora con vigor renovado para reclamar su posición relevante en las ramas más avanzadas del conocimiento (cibernética, teoría de sistemas, teoría de la información...), coincidentes todas en entender la realidad como una compleja red de interrelaciones en forma de bucles dinámicos de retroalimentación que se mueven entre umbrales mínimos y máximos.

Desde esta perspectiva, la tarea que se presenta no es, naturalmente, un imposible regreso al pasado como el que preconizaron los movimientos neomedievalistas de corte romántico como reacción inmediata ante los desmanes del primer industrialismo, sino la búsqueda de nuevas vías para propiciar un reencuentro entre el campo y la ciudad desde la perspectiva más avanzada del paradigma ecológico y a partir del conocimiento acumulado a lo largo del siglo y medio de historia del urbanismo y la agricultura modernos.

Para esta búsqueda de nuevas vías, en cualquier caso, es imprescindible volver la vista atrás e intentar retomar el *hilo verde* de las relaciones entre campo y ciudad, sacando a la luz todo el cúmulo de propuestas y experiencias a contracorriente del proceso dominante de separación, tratando de aprender de los aciertos y los errores. Aquí hemos hecho hincapié, por su significancia, en las propuestas seminales del urbanismo y en algunos de los intentos de salvar la brecha realizados esporádicamente a lo largo del siglo anterior, algunos con continuidad hasta nuestros días, pero naturalmente son muchas más las experiencias que merecen una relectura desde la perspectiva del nuevo paradigma ecológico.

Por sus especiales características sociales y económicas, el territorio español constituye un laboratorio especialmente fértil en este sentido: con un peso importante del sector agrario en su desarrollo histórico, una importante diversidad climática y paisajística, y un desarrollo urbano polinuclear, con varias urbes importantes, un conjunto de ciudades

de tamaño medio, un desarrollo relativamente bajo de la dispersión urbana en comparación con el resto de Europa y una extensa constelación de pueblos dispersos, ofrece numerosos ejemplos de hibridación entre usos urbanos y rurales tanto históricos como actuales de los que extraer enseñanzas útiles: desde el modelo rururbano de al-Ándalus, cuyas populosas ciudades, en comparación con los núcleos cristianos, se caracterizaban por su equilibrio con el entorno y por la incorporación de la naturaleza al tejido urbano, uniendo los mejores rasgos de los modelos persa y romano, hasta los modelos de ocupación de las periferias urbanas metropolitanas durante el éxodo rural entre 1950 y 1970, en los que se trataba de incorporar los usos rurales a los tejidos urbanos de desarrollo espontáneo; desde la Sociedad Cívica Ciudad Jardín, impulsada a principios del siglo XX por el anarquista catalán Cebriá de Montoliú siguiendo las propuestas de Howard o los intentos de Hilarión González del Castillo, socio de Arturo Soria, de hibridar el movimiento de las ciudades lineales y las ciudades jardín, hasta las colectividades libertarias del Aragón revolucionario de 1936; desde los Poblados de Absorción, Dirigidos, Agrícolas y de Colonización a través de los cuales el régimen franquista trató de ordenar el desarrollo periurbano y rural antes de que la versión pobre de la Carta de Atenas invadiera las periferias de las principales urbes españolas, hasta la eclosión de huertos urbanos espontáneos que se produjo en todas las ciudades españolas y especialmente en Madrid a principios de la década de 1980 en un momento también de crisis económica... serían muchas, como decimos, las experiencias conocidas y por conocer que, sin necesidad siquiera salir del ámbito de nuestro territorio, merecerían una relectura actual desde el paradigma ecológico dirigida a repetir aciertos y evitar errores en la necesaria estrategia de reencuentro entre el campo y la ciudad.

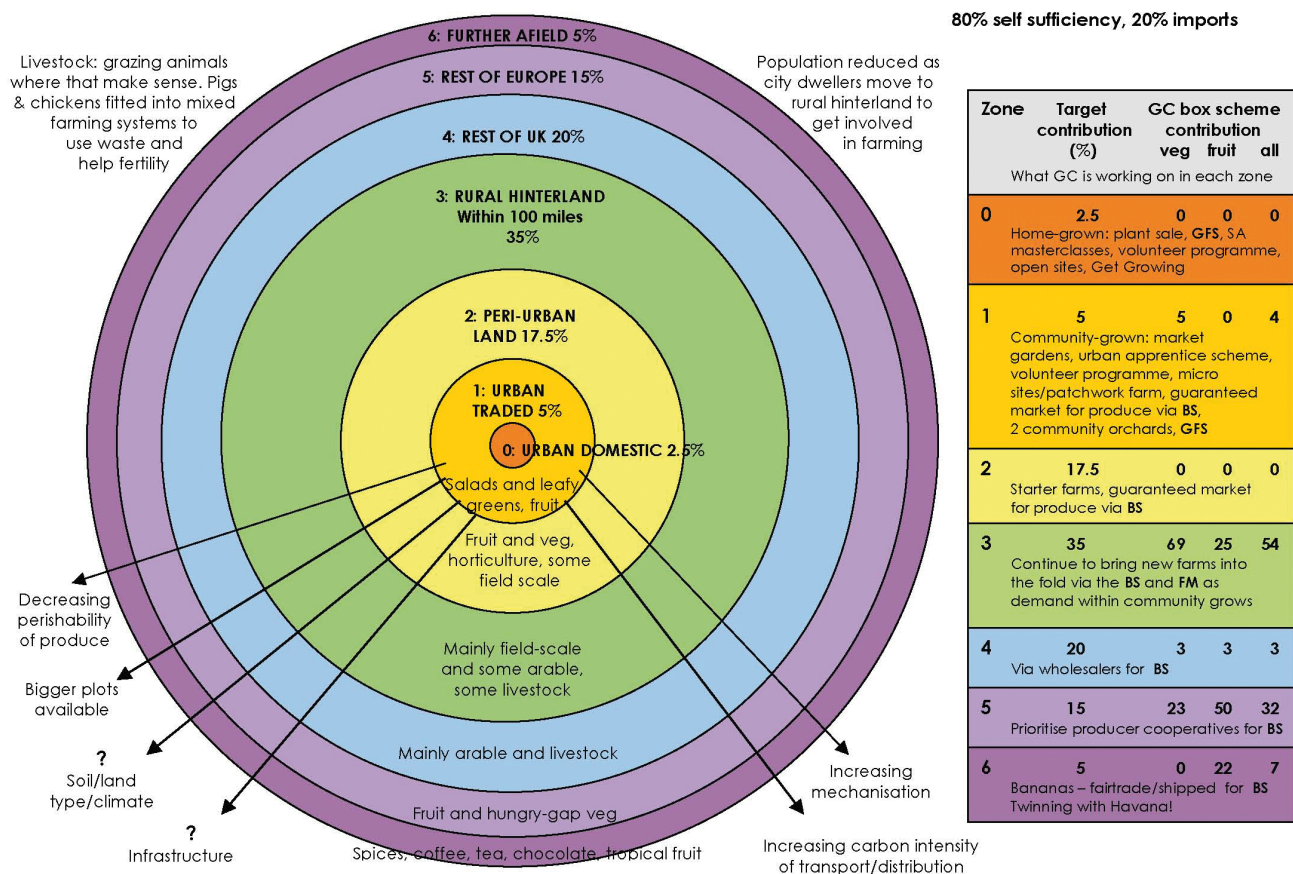
Y si volvemos la mirada hacia el presente y ampliamos el enfoque a la esfera internacional, son numerosas también las experiencias que ponen de manifiesto que una nueva forma de relacionar campo y ciudad se abre paso con fuerza, tomando como privilegiado escenario territorial la franja de suelo periurbano que actúa como interfaz o zona de encuentro entre la ciudad y el territorio circundante, una tierra que ofrece muchas claves para avanzar en el terreno de la sostenibilidad territorial, ofreciendo soluciones bifrontes para ambas escalas.

Veinte de estas experiencias en España, Europa y Estados Unidos han sido seleccionadas y analizadas a través de un reciente trabajo de investigación impulsado por el Centro de Estudios Ambientales de Vitoria-Gasteiz, *El espacio agrícola entre la Ciudad y el Campo. Desarrollo de un Catálogo de Buenas Prácticas Urbanas con Criterios de Sostenibilidad* (2010), cuyo principal objetivo era precisamente iden-

Figura 16: El Anillo Verde de Vitoria-Gasteiz. Fuente: Centro de Estudios Ambientales de Vitoria-Gasteiz.



GROWING COMMUNITIES' FOOD ZONE DIAGRAM: What a sustainable re-localised food system might look like in the future.



tificar características y pautas comunes que, además de contribuir al incremento del conocimiento en este ámbito, pudieran ayudar a consolidar y seguir impulsando una experiencia de referencia en España de la relación entre campo y ciudad como es el Anillo Verde de la capital vasca (figura 16).

Como marco de análisis, el trabajo atendía a una serie de temas clave (hábitos de consumo y pautas de alimentación en el entorno urbano; circuitos de comercialización y distribución; fomento del empleo y la calidad de vida en el medio rural; agricultura, biodiversidad, medio natural y gestión del paisaje; ahorro y eficiencia energética, gestión del agua y los residuos en el medio rural), usando un total de 17 ítems para la evaluación (Agricultura; Empleo/economía; Circuitos de comercialización; Inclusión social; Ocio; Turismo; Comunidad/empoderamiento; Ciclo del agua; Biodiversidad; Residuos; Patrimonio/identidad; Paisaje; Cambio climático; Barreras a la dispersión urbana; Movilidad sostenible; Concertación institucional; Educación). Desde las experiencias de parques agrarios como el Parque Agrario del Bajo Llobregat, el Parque Agrícola del Sur de Milán, el Parque de la Piana en Toscana o el Parque Natural Regional del Vexin francés hasta amplias estrategias territoriales aprovechando la estructura de los Anillos verdes, como en el caso de la Estrategia Alimentaria de Londres (figura 17), la Perspectiva Múnich o el impulso al sector agrícola en el área metropolitana de Viena o experiencias de gestión del crecimiento urbano con criterios de sostenibilidad, como la de Portland en Estados Unidos, entre otras de diversas escalas y enfoques, el panorama que emerge de este estudio es de un enorme vitalidad y ofrece un elevado potencial de replicabilidad.

Figura 17: Diagrama Zonal Alimentario para Londres (Food Zone Diagram). Fuente: Growing Communities.

8. Más allá del campo y la ciudad: hacia una Nueva Cultura del Territorio.

Es relevante señalar que este conjunto de experiencias de *Agricultura Urbana y Periurbana*, así como muchas de las que en estos momentos están en marcha (figura 18), se iniciaron antes, en algunos casos mucho antes, de que la actual crisis económica se desplegara con toda su virulencia. Responden, por tanto, más a la convergencia entre la crisis ambiental, la crisis alimentaria y la crisis de las formas de intervención en el territorio, todas ellas de carácter global, que a una reacción coyuntural ante un panorama inmobiliario que ha restado fuerza a la presión urbana y ha hecho desplomarse el valor del suelo. De hecho, la mayoría de las experiencias se desarrollaron precisamente como reacción de protección frente a dicha presión o en países que se han mantenido relativamente alejados del *boom* inmobiliario.

Lo mismo podría decirse de todo aquel conjunto de propuestas y experiencias que, bajo las etiquetas *Ecobarrio* y *Ecociudad*, habían venido perfilándose desde hacía más de una década como prolongación a su vez de ese otro hilo dorado del llamado *ecourbanismo*, cuyas raíces se remontan también a los mismos orígenes de la disciplina que hemos presenta-

do aquí en relación con la dicotomía campo-ciudad (figura 19). Como ya hemos señalado en otros lugares (Verdaguer, 1999^a, 2000, 2003, 2010^c), las diversas formulaciones de estos conceptos no están exentas de contradicciones y, además, al igual que otras etiquetas de éxito, en gran medida, han acabado experimentado una deriva destinada a vaciarlas de contenido. Sin embargo, en sus formulaciones más rigurosas siguen suscitando un consenso entre los expertos en relación con una serie de rasgos comunes, desde la compacidad y la mezcla de usos hasta la inserción de la naturaleza en el entorno urbano, desde la creación de una ciudad de las distancias cortas que reduzca las necesidades globales de movilidad hasta la atención integral a los aspectos metabólicos relacionados con el agua, la energía y los residuos, desde la cohesión social hasta el espacio público diverso y multifuncional. Todo ello a través de una batería instrumental basada en la planificación y el diseño integrado, la participación ciudadana y la evaluación continua de los resultados (Velázquez & Verdaguer, 2008).

En cuanto a la *Regeneración Urbana Integral*, otra de las tendencias que configuran el panorama de lo que podríamos denominar Nueva Cultura del Territorio, es indudable que el desplome del mercado inmobiliario ha sido un elemento clave para situarla en primer plano institucional como estrategia prioritaria de intervención urbana, especialmente en nuestro país, pero también es cierto que su formulación más avanzada, como superación

tanto del carácter destructivo y meramente quirúrgico del *urban renewal* como del enfoque exclusivamente constructivo o culturalista de la rehabilitación arquitectónica, lleva también más de dos décadas construyéndose y ofreciendo resultados (Velázquez & Verdaguer, 2012).



Figura 18: Huertos de Olárizu en Vitoria Gasteiz. Fuente: Centro de Estudios Ambientales de Vitoria-Gasteiz.



Finalmente, es importante hacer referencia dentro del contexto de la presente reflexión sobre el campo y la ciudad a otra de las tendencias cuyo auge se remonta también a mucho antes de la actual crisis, como es la que, bajo la etiqueta *Nueva Cultura del Paisaje* surge de la fértil convergencia entre el paisajismo, la arquitectura del paisaje, la planificación paisajística, el diseño con la naturaleza de Ian McHarg y Anne Whiston Spirn (figura 20), la ecología del paisaje de R. T. T. Forman o J. T. Lyle, la gestión del territorio, e incluso el *land-art*, entre otras muchas corrientes con una importante influencia norteamericana, como país pionero en la gestión de parques naturales y en política ambiental. Una tendencia que, en nuestro país, cuenta con una figura de referencia como es la del ecólogo Fernando González Bernáldez (VV.AA., 2002) y que está ofreciendo resultados palpables de notable interés especialmente en Cataluña y el País Vasco.

Cada una de estas tendencias contiene a su vez dentro de su ámbito o su escala tendencias internas de carácter más sectorial, que en algunos casos, como es el de la *Nueva Cultura del Agua* o el de la *Movilidad Sostenible*, de fundamental importancia ambas para la reflexión que aquí nos ocupa, han experimentado un desarrollo acelerado que ha llegado a situarlas firmemente en las agendas institucionales. Cabría mencionar aquí también los movimientos pendulares y espontáneos de regreso al campo que, bajo la etiqueta de *Neorruralismo* y muy relacionados con las denominadas *Ecoaldeas*, están contribuyendo a revalorizar el importante patrimonio de pueblos e infraestructuras agrícolas abandonados que aún se conserva.

Figura 19. Ecobarrio de Vauban en Freiburg, Alemania. Fuente: C. Verdaguer.



Figura 20: El método de análisis del paisaje de Ian L. McHarg. Fuente: Mac Harg, 2002.

En definitiva, puede decirse que, contempladas en conjunto, todas estas tendencias configuran sin duda un panorama propositivo dotado de gran coherencia, debido en gran medida a que todas son producto directo de la eclosión y difusión del nuevo paradigma ecológico y de su aplicación a la escala urbano-territorial. Debido a ello, a pesar de que el desarrollo independiente de cada una de estas tendencias responde aún a la sectorialización y fragmentación del conocimiento y de la práctica que caracteriza el modelo dominante, es muy elevado el nivel de hibridación, transversalización y solapamiento entre todas ellas, como reflejo ineludible del carácter intrínsecamente holístico del paradigma que las informa: de algún modo, las sinergias surgen espontáneamente en la forma de soluciones comunes a problemas pertenecientes a ámbitos aparentemente diferenciados.

9. Estrategias y visiones de futuro

No obstante, aunque la convergencia entre todas estas corrientes sea en último extremo indefectible, aún es largo el camino por recorrer para hacerla explícita y articularla dentro de una Nueva Cultura del Territorio, pues la tensión fragmentadora del modelo dominante de conocimiento sigue siendo muy potente y dificulta la articulación de una visión integral que permita identificar las líneas de confluencia. Y así, es frecuente la aparición incluso en el interior de cada uno de estos ámbitos en pleno desarrollo de dicotomías más o menos artificiales que responden en muchos casos más a una tendencia a la especialización a ultranza que a una divergencia irresoluble entre objetivos o intereses: los conflictos latentes o explícitos que se plantean en ocasiones entre peatones y ciclistas, entre diseño bioclimático y regeneración urbana, o, en relación con nuestro tema, entre ecoaldeas y ecobarrios, entre protección y gestión del paisaje o entre hortelanos urbanos y agricultores periurbanos profesionales, pueden servir de ejemplo de esta tendencia.

Naturalmente, esta tensión fragmentadora no es una simple cuestión de perspectivas parciales sino que responde al muy real conflicto

entre el paradigma dominante, asociado al modelo productivista y de consumo, y el nuevo paradigma ecológico en eclosión. De hecho, incluso dentro del marco del enfoque ambiental, la tensión y divergencia entre las estrategias volcadas hacia un término eminentemente productivista como es el de eficiencia y las que hacen más hincapié en la reducción del consumo, es clara muestra de este conflicto.

En el ámbito del urbano-territorial, el principal síntoma de este conflicto queda reflejado precisamente en la dificultad que encuentran todas las disciplinas y áreas de conocimiento relacionadas con el territorio en definir el propio concepto de Territorio y, aún más, en generar visiones convincentes a la escala territorial desde la óptica de la sostenibilidad.

El ejemplo del urbanismo denominado ecológico o *ecourbanismo* resulta especialmente adecuado para poner de manifiesto esta dificultad: como hemos señalado anteriormente, existe un consenso importante entre los expertos respecto a cuáles deben ser los rasgos que caractericen una *ecociudad* o un *ecobarrio*, e incluso respecto a la confluencia entre estos conceptos y el de *regeneración urbana integral*. Las dificultades, sin embargo aparecen cuando se intenta ampliar la visión a la ordenación territorial y se comprueba que palabras fetiche de la sostenibilidad a la escala urbana como densidad, compacidad, mezcla de usos o movilidad sostenible no tienen una traducción directa al aplicarse a ese escenario informe que, como hemos visto anteriormente, resulta incluso difícil de nombrar (“metápolis”, “ciudad región”, “ciudad difusa”, “espacio rurbano”, “ciudad de ciudades”, “zwischenstadt”, “cities without cities”) y especialmente cuando se trata de hacer frente al grave problema de la urbanización dispersa: ¿qué medidas para la mezcla de usos, la compacidad o la movilidad sostenible pueden llevarse a cabo en entornos donde la baja densidad hace inviables las formas convencionales de transporte público y las largas distancias no permiten una fácil sustitución del vehículo privado por la bicicleta y aún menos el transporte peatonal? ¿Qué espacio puede suplir las funciones cohesionadoras del espacio público en esos entornos de no-ciudad/no-campo?

Contemplado en estos términos, el reto ya no es la formulación de modelos cerrados alternativos, pues estos también parecen claros: las contrapropuestas del *New Urbanism* al *urban sprawl* en Estados Unidos, que recuperan muchas de las ideas de Howard con modelos como los *pedestrian pockets*, son un ejemplo de gran interés y podría hacerse referencia a otros como es el de la *netzstadt* (ciudad red) de Franz Oswald y Peter Baccini, herederos de Patrick Geddes, concebidos para el entorno europeo (Velázquez & Verdaguer, 2008). Por muy útiles que puedan ser estos modelos alternativos, el reto sigue siendo qué hacer con aquellas grandes extensiones de tejidos urbanos existentes dispersos manifiestamente insostenibles para los cuales la advocación a otros conceptos fetiche como el de *teletrabajo* o el de *redensificación* resulta claramente insuficiente, sobre todo cuando el escenario de futuro que aparece cada vez con más inquietante claridad es el derivado de una crisis energética sin precedentes que está dejando en evidencia lo irracional de las premisas que sustentan la lógica urbana del actual modelo de desarrollo.

De algún modo, puede concluirse que ya es tarde para que una simple trasposición mecánica o nostálgica de los modelos generados en los inicios del urbanismo pueda aportar la solución para la sostenibilidad territorial, pues las presiones globales de la lógica urbana han producido transformaciones irreversibles en las condiciones de partida, ge-

nerando un paisaje territorial abocado inevitablemente al declive. Sin embargo, de cara a la articulación de una Nueva Cultura del Territorio como la que aquí se sugiere, sí puede resultar clave la recuperación del enfoque holístico que los generó, por así decirlo, la mirada que los hizo posibles, pues lo que no han variado son los sectores principales que Howard, Soria, Cerdá o Geddes consideraron muy acertadamente como indisolubles, a saber, el Transporte, el Urbanismo y la Agricultura, introduciendo ahora como herramienta adicional transversal la Ecología, creada precisamente a mediados del siglo XIX a la vez que se generaban aquellas propuestas (Deléage, 1991).

En consonancia con esta visión sincrética y de cara a la articulación de esta Nueva Cultura, adquiere fundamental importancia la aplicación de aquellas nuevas áreas híbridas de conocimiento atravesadas por la ecología, como son, entre otras, la *Historia Ambiental*, la *Biogeografía*, la *Agroecología* o la *Economía Ecológica* (González de Molina & Toledo, 2011), que mejor pueden contribuir a poner de manifiesto las contradicciones del modelo dominante y consolidar los avances de este nuevo paradigma, ligando recursos y necesidades dentro de un marco conceptual atento a los factores limitantes y los procesos cíclicos.

El reto que se presenta a todos los ciudadanos y a todos los profesionales relacionados con el territorio es, pues, hacer realidad el enfoque multidisciplinar inherente al paradigma ecológico y, en lo que respecta a las relaciones entre campo y ciudad objeto de la presente reflexión, abordar simultáneamente los sectores estratégicos territoriales, identificando las sinergias entre ellos, en la seguridad de que será de estas sinergias de donde surjan las soluciones conjuntas.

Así, la reducción de la velocidad y de la distancia que aparece como ineludible desde la perspectiva de la movilidad sostenible para reducir el impacto energético y ambiental del transporte se presenta como una clara oportunidad para el desarrollo de la agricultura ecológica de proximidad en las áreas urbanas y periurbanas; la recuperación demográfica de los pueblos abandonados y de los usos agrícolas en las áreas interurbanas puede convertirse en una vía de solución para el gran problema de la sostenibilidad territorial en un escenario de dispersión; la introducción de huertos urbanos ecológicos en el tejido urbano, aprovechando solares abandonados y áreas obsoletas, puede convertirse en un elemento clave para las políticas de regeneración urbana integral; el fomento de mercados de calle de productos ecológicos puede contribuir a recualificar los paisajes urbanos y a consolidar la cohesión social; el desarrollo de tecnologías descentralizadas y de pequeñas escala relacionadas con las energías renovables puede contribuir a fomentar la autonomía y la autosuficiencia energética de los tejidos rurales, reduciendo a su vez el cuarteamiento del territorio por las infraestructuras lineales de distribución y las grandes centrales energéticas centralizadas...

Podríamos seguir señalando muchas más de estas sinergias, basadas en el aprovechamiento y la reutilización de los recursos, pero lo importante aquí es señalar que detrás de todas ellas aparece una idea consustancial al paradigma ecológico: las soluciones a los problemas no pueden provenir de un sólo vector, sino de un conjunto de ellos, y no surgirán de modelos cerrados y estáticos, sino de la reflexión dinámica y práctica de todos los afectados mediante prueba y error. No serán los huertos urbanos ni los parques agrarios periurbanos, ni las explotaciones agroecológicas las que propicien como alternativas únicas el reencontro entre el campo y la ciudad sino un conjunto equilibrado de to-

La tierra para quien la paga

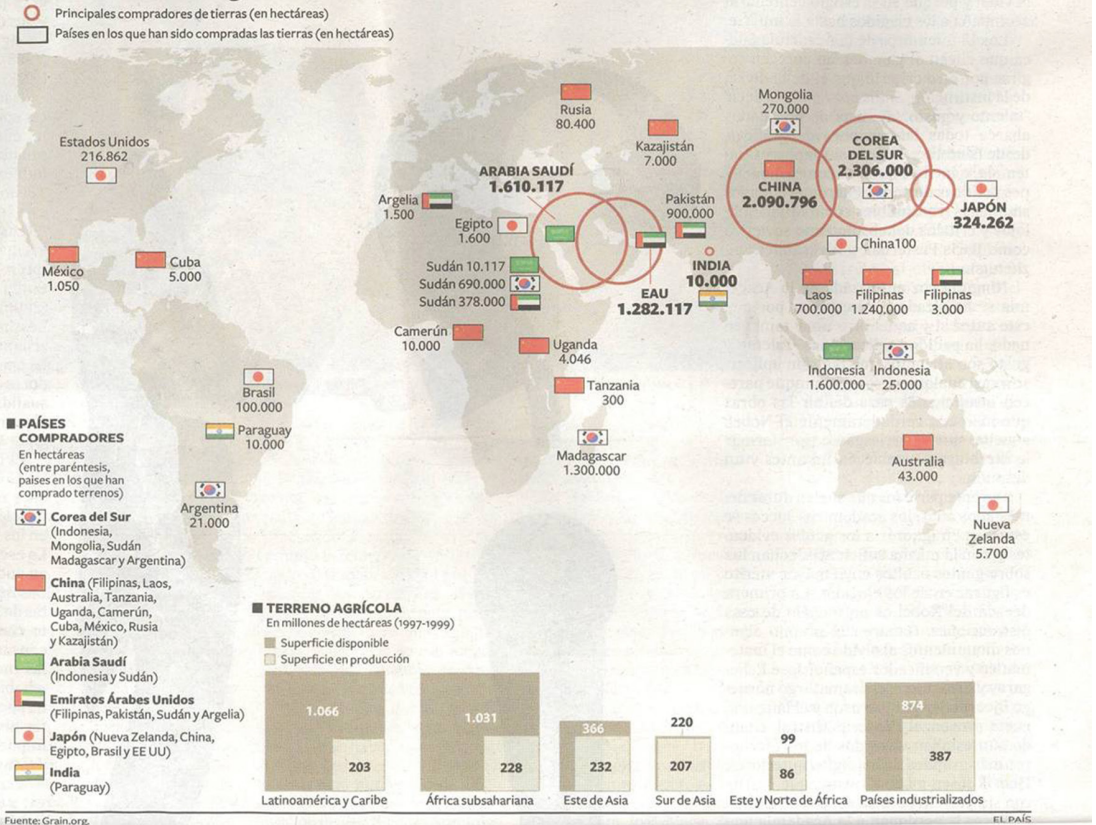
Países emergentes y multinacionales se aseguran reservas de comida comprando terrenos en naciones hambrientas • Algunos Estados dictan leyes para protegerse

LALI CAMBRA

Las ONG lo han bautizado como *the last land grab*, la última apropiación de la tierra. En el último año, con la confluencia de las crisis del precio de los alimentos y la financiera, se ha producido una carrera por parte de países ricos y corporaciones multinacionales por hacerse con tierra en estados latinoamericanos, asiáticos y africanos. Las naciones ricas, para asegurarse reservas de comida. Las corporaciones, para hacer negocio ahora que la Bolsa no rinde. El director general de la FAO, Jacques Diouf, ha alertado de que estas operaciones pueden calificarse de neocoloniales, y las ONG advierten de que los más perjudicados van a ser, como siempre, los más vulnerables —pequeños agricultores, pastores, tribus indígenas—, y cuestionan el impacto medioambiental de roturar nuevas tierras para cultivos intensivos con uso extensivo de pesticidas, herbicidas y abonos.

Ante las presiones, Paraguay ha aprobado una legislación que prohíbe la venta de tierras a extranjeros (después de que un campesino resultara muerto de un disparo de la policía cuando pretendía desalojarlo de la finca comprada por un brasileño para cultivar soja). Otros países suramericanos, como Uruguay, se lo están planteando, y Brasil está en proceso de cambiar su legislación para dotar de mayor transparencia y participación local a las operaciones con activos extranjeros.

La colonización del siglo XXI



dos estos vectores entrelazados, junto con otros, en haces de soluciones que aún están por idear.

Por otra parte, aunque no cabe profundizar en ella, sería de una candidez imperdonable sustraer ahora de la ecuación la dinámica del Poder que, como hemos señalado al principio, constituye uno de los factores fundamentales en la relación de la especie humana con los recursos y el territorio, y que, sin duda, es uno de los elementos clave para entender la crisis actual en términos políticos. Así, olvidar que detrás del conflicto entre paradigmas sigue vigente el sempiterno conflicto social en torno a la apropiación y la distribución de la riqueza, supondría invalidar o restar verdadera eficacia a cualquier posible estrategia de transformación hacia un modelo más en paz con el planeta.

Es desde esta perspectiva que reúne de nuevo recursos y poder desde donde cabe contemplar todas aquellas presiones globales que afectan directamente a la relación entre campo y ciudad, especialmente todas aquellas relacionadas con el mantenimiento de un sistema alimentario global basado en la progresiva acumulación de suelo agrícola de los países empobrecidos en manos de unas pocas potencias (figura 21); en una agroindustria extensiva basada en el consumo de combustibles fósiles y cada vez más volcada en la producción de biocombustibles para mantener el modelo de movilidad motorizada; en la concentración de la actividad en unas pocas empresas transnacionales de la

Figura 21. La acumulación de suelo agrícola: una tendencias en alza. Fuente: periódico *El País*, miércoles 10 de diciembre de 2008.

alimentación y en la multiplicación del número de intermediarios en detrimento de los productores; en un modelo mediático que fomenta el aislamiento del individuo como consumidor y unas pautas de vida y alimentación dirigidas al sobreconsumo en los países desarrollados... Todo ello apoyado e impulsado por un sistema financiero desregulado y completamente fuera de control que, tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, se ha lanzado con voracidad a la especulación con las materias primas y los alimentos (Aranguren, 2011), incrementando de forma acelerada el hambre en el mundo.

El fundamental elemento de novedad en relación con las anteriores manifestaciones históricas de este eterno conflicto por la apropiación de la riqueza, y en especial con su formulación decimonónica basada exclusivamente en la idea de propiedad, es que es el propio concepto dominante de *riqueza* lo que el nuevo paradigma ecológico permite poner en cuestión, quebrando definitivamente el consenso al respecto establecido entre las fuerzas contendientes en base al compartido mito del progreso. En un momento de crisis económica como la presente, en que la idea incuestionada de la urgencia de activar el consumo y el crecimiento está contribuyendo a realimentar el paradigma dominante y a socavar muchos de los avances del paradigma ecológico, hacer hincapié en este elemento de novedad, redefiniendo en términos positivos las ideas de austeridad y decrecimiento, y ligándolos con la idea de autonomía, se erige en una estrategia fundamental de cuyo éxito depende el que la actual crisis pueda ser o no una oportunidad para el cambio. Aplicada al ámbito del de la Nueva Cultura del Territorio, la aplicación práctica y decidida de estos conceptos mediante la exploración de nuevas estrategias de decrecimiento que contemplen la reversibilidad de los procesos de urbanización, incluidas la reclasificación de suelo y la deconstrucción controlada de tejidos construidos para la restitución de los usos naturales y agrícolas, adquiere pleno sentido en términos económicos y ecológicos, convirtiéndose en la única opción razonable cuando se trate de hacer frente a grandes extensiones de tejido urbano obsoleto, redes infraestructurales y grandes equipamientos sobredimensionados condenados a la degradación y el declive.

No hay que ocultar, sin embargo, que esta estrategia exige también una redefinición de las relaciones entre Estado, Mercado y Sociedad, en la que esta última tome por fin el mando, y que los signos esperanzadores de cambio en este sentido, reflejados en las experiencias espontáneas de autonomía organizativa y de uso compartido de recursos que proliferan en todo el mundo como reacción a esta crisis sobrevinida, se enfrentan también a otros mucho más inquietantes, en los que la hibridación de irracionalidad, populismo y autoritarismo despierta espectros del pasado reciente más oscuro, permitiendo entrever un ascenso no descartable de la barbarie.

En cualquier caso, el reto del cambio exige atender sin paliativos y sin temores a este marco global y es en relación con el mismo como el conjunto de tendencias antes reseñadas, que contienen implícita una Nueva Cultura del Territorio, pueden identificar mejor sus áreas de convergencia y sus sinergias y superar sus falsas contradicciones internas, contribuyendo a hacer explícita esta nueva cultura en el ámbito de lo local. Para ello, como hemos visto anteriormente, la tarea que se impone es extraer las necesarias lecciones del pasado e imaginar las oportunidades de futuro latentes en el presente para impulsar propuestas concretas, en el aquí y ahora, que contribuyan al reencuentro definitivo del campo y la ciudad en una nueva visión del territorio.

No es este el lugar donde construir esta nueva visión, pues debe ser sin duda el producto del pensamiento y la acción colectivos, pero afortunadamente, tal como hemos tratado de mostrar en esta reflexión, hay mucho avanzado en la teoría y en la práctica y, a partir de las más exitosas o más sugerentes de dichas experiencias pasadas presentes, cabe imaginar que en ella habría sitio para las *ecoaldeas*, los *ecobarrios* y las *ecociudades*, concebidas como el producto de la *regeneración ecológica* de los pueblos y ciudades existentes, formando *ecorregiones* policéntricas e interconectadas, en la que los paisajes naturales y rurales, además de expresar la identidad y la cultura local, contribuirían al mantenimiento de redes de proximidad para el abastecimiento y el ocio, y que existiría continuidad y complementariedad entre las explotaciones agrícolas plenamente rurales, las áreas dedicadas a la *agricultura periurbana ecológica* en los entornos urbanos y las redes de huertos urbanos, del mismo modo en que la naturaleza podría penetrar en los tejidos urbanos a través de corredores y parques hasta cubrir fachadas y azoteas, generando esas “calles conquistadas por el campo” que preconizaba Patrick Geddes.

Podríamos tal vez caer en la tentación de seguir haciendo aquí este ejercicio de visualización, reduciendo o ampliando su escala hasta el interior de estas ecociudades o más allá de estas ecorregiones con el fin de recalcar el hilo argumental que engarza todas las corrientes de la Nueva Cultura del Territorio, pero, como decimos, cuando no se construyen colectivamente y desde la práctica, asumiendo como retos las inevitables contradicciones y conflictos, y aprendiendo de forma continua a partir de la prueba y el error en el transcurso del tiempo, las visiones y modelos elaborados desde lo más alto de las torres de marfil de los expertos corren el riesgo de caer a plomo en la sima sin fondo de las utopías incumplidas.

Referencias bibliográficas

- ALONSO PEREIRA, José Ramón. *La Ciudad Lineal de Madrid*. Madrid: Arquíthemas, Fundación Caja de Arquitectos, 1998.
- ARANGUREN, Felipe L. *El negocio del hambre. La especulación con alimentos*. Barcelona: Icaria, 2012.
- BALLESTEROS, Gregorio. Agricultura urbana y desarrollo sostenible. En *I Congreso Estatal de Agricultura Ecológica Urbana "Huertos urbanos ecológicos y desarrollo sostenible"*, Elx (Alicante), 2011.
- BALLESTEROS, Gregorio. *Actuaciones de huertos urbanos una herramienta para mejorar la calidad ambiental y la calidad de vida en las ciudades*. 2011.
- BRUEGMAN, R. *Sprawl, a compact history*. London, Chicago: The University of Chicago Press, 2005.
- BUREL, F. y BAUDRY, J. *Ecología del paisaje. Conceptos, métodos y aplicaciones*. Madrid; Barcelona: México: Ediciones Mundi-Prensa, 2002.
- CERDÁ, Ildefonso. Teoría de la Construcción de las Ciudades. En CERDÁ, Ildefonso. *Volumen 1: Cerdá y Barcelona*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid; Instituto Nacional de Administración Pública, 1991 (texto original de 1859).
- CERDÁ, Ildefonso. Teoría de la viabilidad urbana. En CERDÁ, Ildefonso. *Volumen 2: Cerdá y Madrid*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid; Instituto Nacional de Administración Pública, 1991 (texto original de 1861).
- DELÉAGE, Jean-Paul. *Une histoire de l'écologie*. París: Éditions La Découverte, 1991.
- DETHIER, J. y A. GUIHEUX (editores). *La ville, art et architecture en Europe, 1870-1993*. París: Catálogo Centre Georges Pompidou, 1994.
- DE SANTIAGO, E. Del paisaje figurativo al paisaje red. En *Congreso Europeo sobre Investigación Arquitectónica y Urbana EURA'08 "Paisaje Cultural"*, Madrid, 2008.
- DIAMOND, Jared. *Armas, gérmenes y acero*. Madrid: Debate, 2006 (ed. original 1998).
- DIAMOND, Jared. *Colapso*. Madrid: Debate, 2009.
- DOE/ DEPARTMENT OF THE ENVIRONMENT. *Greening the City. A guide to good practice*. London: Her Majesty's The Stationery Office, Gobierno del Reino Unido, 1996.
- DUANY, A., PLATER-ZYBERK, E. y SPECK, J. *Suburban Nation. The Rise of Sprawl and the decline of the American Dream*. New York: North Point Press, 2001.
- ESTAPÉ, Fabián. *Vida y obra de Ildefonso Cerdá*. Barcelona: Península, 2001.
- FARIÑA, J. *La ciudad y el medio natural*. Madrid: Akal, 1998.
- FOLCH, R. *El territorio como sistema. Conceptos y herramientas de ordenación*. Barcelona: Diputación de Barcelona, 2003.
- FORMAN, Richard T. T. y GODRON, Michel. *Landscape Ecology*. New York: John Wiley & Sons, 1986.
- FORMAN, Richard T. T. *Land Mosaics*. New York: Cambridge University Press, 1995.
- GALLION, A. B. y Simon EISNER. *The urban pattern*. New York: Van Nostrand Reinhold Company, 1963.
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina. *Agricultura y expansión urbana*. Madrid: Alianza Universidad, 1977.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y TOLEDO, Víctor M. *Metabolismos Naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*. Barcelona: Icaria, 2011.
- GEDDES, P. *Ciudades en evolución*. Oviedo: KRK Ediciones, 2010 (ed. original de 1915).
- HALL, Peter. *Ciudades del Mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1996 (traducción: Consol Freixa).
- HENTILÄ, Helk-Liisa. Urban Catalysts: estratègies per a usos temporals. Potencial de desenvolupament de zones urbanes residuals. En *Ciutats en (re)construcció: necessitats socials, transformació i millora de barris*. Barcelona: Diputació de Barcelona, Xarxa de Municipis, Sèrie Territori, Col·lecció Estudis, 2008.
- HAYDEN, D. *The Power of Place. Urban Landscapes as Public History*. Massachusetts: The MIT Press, Cambridge, 1996.
- HERNÁNDEZ AJA, Agustín, VELÁZQUEZ VALORIA, Isabela y VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, Carlos. Ecobarrios para ciudades mejores. En *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, 2009, n.º 161-162, p. 543-558.
- HILBERSEIMER, Ludwig. *Grossstadt Architektur*. Stuttgart: Julius Hoffman, 1978 (ed. original de 1927).
- HOUGH, M. *Naturaleza y ciudad. Planificación urbana y procesos ecológicos*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1998.
- HOWARD, Ebenezer. *Garden Cities of To-morrow*. Cambridge: The MIT Press, 1965 (ed. original de 1898).
- IZZO, Alberto y GUBITOSI, Camillo (eds.). *Frank Lloyd Wright Drawings 1887-1959*. London: Academy editions, 1977.
- JELLICOE, G. Y. S. *El paisaje del hombre*. Barcelona: Gustavo Gili, 1995.
- KROLL, Lucien. *Tout est paysage*. Paris: Sens & Tonka éditeurs, 2001.
- LE CORBUSIER. *Urbanisme*. París: Champs, Flammarion, 1994 (ed. original de 1925).
- LE CORBUSIER. *La Charte d'Athènes*. París: Editions de Minuit, 1957 (ed. original de 1941).
- LYLE, JOHN TILLMAN. *Design for Human Ecosystems: landscape, land use and natural resources*. New York: Van Nostrand Reinhold, 1985.
- LYLE, JOHN TILLMAN. *Regenerative Design for Sustain-*

- able Development, New York: John Wiley and Sons, 1994.
- MAC HARG, I. *Proyectar con la naturaleza*. Barcelona: GG, 2002 (ed. original de 1969).
- MAKHZOUMI, Jala y PUNGETTI, Gloria. *Ecological Landscape Design & Planning. The Mediterranean Context*. Londres y Nueva York: E & FN SPON, Routledge, 1999.
- MARGALEFF, R. *La biosfera, entre la termodinámica y el juego*. Barcelona: Omega, 1980.
- MARTÍNEZ ALIER, J. *Los principios de la economía ecológica. Textos de P. Geddes, S. A. Podolinsky y F. Sody*. Madrid: Fundación Argentaria, Visor (distribuciones), 1992.
- MARTÍNEZ ALIER, J. *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona: Icaria, 1995.
- MATA, Rafael; TARROJA, Alex (Coord.). *El paisaje y la gestión del Territorio. Criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*. Barcelona: Diputación de Barcelona, 2006.
- MONCLÚS, F. J. (ed.). *La ciudad dispersa*, Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1996.
- MORÁN ALONSO, Nerea. *Huertos urbanos en tres ciudades europeas: Londres, Berlín, Madrid*. Madrid: Universidad Politécnica, E. T. S. Arquitectura, Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Trabajo de investigación tutelada. Doctorado *Periferias, Sostenibilidad y Vitalidad urbana*, Curso 2008-2009, tutor: Agustín Hernández Aja. Disponible en: <http://hortasnacidade.files.wordpress.com/2009/11/huertos_urbanos_2009.pdf>. (Consultado el 2 de julio de 2014).
- NAREDO, José Manuel y PARRA, Fernando. *Situación diferencial de los recursos naturales españoles*. Lanzarote: Fundación César Manrique, 2002.
- NAREDO, José Manuel y GUTIÉRREZ, Luis. *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la tierra (1955-2005)*. Granada: Universidad de Granada; Fundación César Manrique, 2005.
- NAREDO, José Manuel. *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*. Granada: Universidad de Granada, 2004.
- NEL·LO, Oriol. *Ciutat de ciutats*. Barcelona: Biblioteca Universal Empúries, 2001.
- ROWE, P. G. *Making a Middle Landscape*. Cambridge, Massachusetts: The Mit Press, 1991.
- RUBIÓ I TUDURÍ, N.M. *Del Paraíso al jardín latino*. Barcelona: Tusquets Editores, 2000 (ed. original de 1953).
- SIEVERTS, T. *Cities without Cities. An interpretation of the Zwinchenstadt*. Londres, Nueva York: Spon Press, Taylor & Francis Group, 2003.
- STEEL, Carolyn. *Hungry City. How Food Shapes Our Lives*. Vintage Books, Londres, 2009.
- STEENBERGEN, C. y REH, W. *Architecture and Landscape*. Munich: Prestel, 1996.
- SUKOPP, H. y WERNER P. *Naturaleza en las ciudades. Desarrollo de flora y fauna en áreas urbanas*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1989.
- URBAN TASK FORCE. *Towards an Urban Renaissance, Final Report*, Chaired by Lord Rogers of Riverside. London: Department of the Environment, Transport and the Regions, 1999.
- VÁZQUEZ, Mariano y VERDAGUER, Carlos (dirs.) *El espacio agrícola entre el campo y la ciudad. Catálogo de Buenas Prácticas Urbanas con Criterios de Sostenibilidad, Biblioteca Ciudades para un Futuro más Sostenible*. Madrid: Convenio de Colaboración entre el Centro de Estudios Ambientales del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz y la Universidad Politécnica de Madrid para el Desarrollo, 2010. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/eacc/>>. (Consultado el 2 de julio de 2014).
- VELÁZQUEZ VALORIA, Isabela y VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, Carlos. Pasos hacia la regeneración urbana ecológica: más allá de la eficiencia energética. En *Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales*, 2012, n° 171, p. 97-112.
- VELÁZQUEZ VALORIA, Isabela y VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, Carlos. *Regeneración urbana integral. Tres experiencias innovadoras: Île de Nantes, Coin Street y Barrio de La Mina*. Madrid: SEPES, Ministerio de Fomento, 2011.
- VELÁZQUEZ VALORIA, Isabela y VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, Carlos (coords.) *Proyecto ECOCITY, Manual para el diseño de ecociudades en Europa. Libro I: La ecociudad: un lugar mejor para vivir, Libro II: La ecociudad: cómo hacerla realidad*. Bilbao: Gea 21; SEPES; Bakeaz, 2008. Disponible en: <http://www.gea21.com/_media/publicaciones/proyecto_ecocity_la_ecociudad_un_lugar_mejor_para_vivir.pdf>. (Consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. Ecología, austeridad y hedonismo. Un apunte sobre necesidades y satisfactores. *Boletín CF+S* (Biblioteca Ciudades para un Futuro más Sostenible), febrero 2011, n° 50. Disponible en <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n50/acver2.html>>. (Consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. La agricultura periurbana como factor de sostenibilidad urbano-territorial Conclusiones preliminares del estudio de casos desde la perspectiva del planeamiento urbanístico. En VÁZQUEZ, Mariano y VERDAGUER, Carlos. *El espacio agrícola entre el campo y la ciudad*, 2010. Disponible en <<http://habitat.aq.upm.es/eacc/a-conclusos.html>>. (Consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. Planificación del desarrollo y preservación de los usos agrícolas en el Gran Londres (Gran Bretaña). Pasos hacia el autoabastecimiento y la agricultura de proximidad en una gran capital europea. En VÁZQUEZ, Mariano y VERDAGUER, Carlos. *El espacio agrícola entre el campo y la ciudad*, 2010. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/eacc/alondres.html>>. (Consultado el 2 de julio de 2014).

- VERDAGUER, Carlos. De los ecobarrios a las ecociudades. Una formulación sintética de la sostenibilidad urbana. *Papeles de relaciones Ecosociales y Cambio Global*, 2010, n° 111. Disponible en: <http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/revista_papeles/111/papeles_111.pdf>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. *Modelos de desarrollo urbano y densidades edificatorias. El reciclaje de la ciudad en el ámbito español*, Informe sectorial del “Programa Ciudades” del informe Cambio Global España 2020/50, Observatorio de la Sostenibilidad de España, 2009. Disponible en: <http://oa.upm.es/5844/1/1_CG2020_ProgramaCiudades_VERDAGUER_Modelosdedesarro.pdf>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. *Primer Foro Urbano del Paisaje de Vitoria: Conclusiones*. Vitoria: 2005.
- VERDAGUER, Carlos. El paisaje construido, una perspectiva ecológica. En VV.AA. *Ecología, una perspectiva actual*. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, 2002. Disponible en: <http://oa.upm.es/5845/1/Paisaje_Construido_2001.pdf>, (Consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. Ecologismo urbano y urbanismo ecológico: una convergencia necesaria. *Revista El Ecologista*, 2003, n° 34.
- VERDAGUER, Carlos. Proyectar con la naturaleza, de Ian L. McHarg: La fundación del urbanismo ecológico. *Boletín CF+S*, 2002b, n° 20. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n20/>>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. De la sostenibilidad a los ecobarrios. *Revista Documentación Social*, 2000, n° 119. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n14/acver.html>>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. Paisaje antes de la batalla: apuntes para un necesario debate sobre el paradigma ecológico en arquitectura y urbanismo. *Revista URBAN*, 1999^a, n° 3. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n13/acver.html>>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. *Paisaje, historia y arquitectura: reseñas de libros sobre Paisaje*, *Boletín CF+S*, 1999b, n° 20. Disponible en: <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n8/n8libros.html>>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- VERDAGUER, Carlos. El Paisaje análogo, un sueño urbano de la modernidad. *Revista de Occidente*, 1998, n° 204. Disponible en: <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=22283>>, (consultado el 2 de julio de 2014).
- WHISTON SPIRN, A. *The Granite Garden. Urban Nature and Human Design*. Basic Books, Harpers and Collins, 1984.
- WHISTON SPIRN, A. *The Language of Landscape*. Yale University Press, 1998.
- VV.AA. *Figura con paisajes: homenaje a Fernando González Bernáldez*. Madrid: Fundación Interuniversitaria Fernando González Bernáldez, 2002.
- VV.AA. *Cerdà, urbs i territori. Una visió de futur*. (Catálogo de la *Mostra Cerdà. Urbs i Territori*, 1994-1995). Barcelona: Electa, 1994.

VERDAGUER VIANA-CÁRDENAS, Carlos. El campo y la ciudad, áreas de reencontro. Hacia una Nueva Cultura del Territorio. *Hàbitat y Sociedad*, 2013, n° 6, p. 11-40.

<www.habitatsociedad.us.es>

